
869.1
C891
v.2



LA
LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA

TOMO II



LIT. HERMENEGILDO MIRALLES — BARCELONA

D. Jacobo lanzándose á la revolucion

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS DE COSTUMBRES MEXICANAS

artículos y poesías de

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

Ilustradas con grabados y cromolitografías.

TOMO II

BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES
59 — BAILÉN — 59
1890

LA LINTERNA MAGICA
SEGUNDA ÉPOCA

ENSALADA DE POLLOS

NOVELA DE ESTOS TIEMPOS QUE CORREN

(1871)

TOMADA DEL CARNET DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

TOMO I

TERCERA EDICIÓN
ilustrada con magníficos grabados y cromos, dibujados por **Villasana**

Los muchachos del ilustrado siglo XIX, dije para mí, llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes.
Fígaro.



BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES
59 — BAILÉN — 59
1890



PROLOGO

¿Qué linterna es esa? me preguntó el cajista al recibir el original para las primeras páginas de esta obra. ¿Qué va á alumbrar esa linterna; á quién y para qué?

Este título, que bien puede servirle á una tienda mestiza, ¿es una palabra de programa, altisonante y llamativa para anunciar el parto de los montes, ó encierra algo provechoso para el lector?

—Confieso á usted, estimable cajista, le dije, que en cuanto al título de Linterna Mágica lo he visto antes en la pulquería de un pueblo; pero que con respecto al fondo de mi obra, debo decirle que hace mucho tiempo ando por el mundo con mi linterna, buscando, no un hombre como Diógenes, sino alumbrando el suelo como los guardas nocturnos, para ver lo

que me encuentro; y en el círculo luminoso que describe el pequeño vidrio de mi lámpara, he visto multitud de figuritas que me han sugerido la idea de retratarlas á la pluma.

Creyendo encontrarme algo bueno, he dado por desgracia con que mi aparato hace más perceptibles los vicios y los defectos de esas figuritas, quienes por un efecto óptico se achican aunque sean tan grandes como un grande hombre, y puedo abarcarlas juntas, en grupos, en familia, constituídas en público, en congreso, en ejército y en población. La reverberación concentra en ellas los rayos luminosos, y sin necesidad del procedimiento médico que ha logrado iluminar el interior del cuerpo humano, puedo ver por dentro á mis personajes.

Como éstos viven en movimiento continuo como las hormigas, he necesitado ser taquígrafo y armarme de un *carnet* y de una pluma, no diré bien tajada, porque eso lo hacen en Londres, pero sí mojada en tinta simpática, y en poco tiempo me he encontrado con un volumen.

—¿Y este volumen es la linterna mágica?

—Exactamente, caballerito. Pero no tema usted que invente lances terribles ni fatigue la imaginación de mis lectores con el relato aterrador de crímenes horrendos, ni con hechos

sobrenaturales; supongo, y no gratuítamente, á los lectores fatigados con la relación de las mil y una atrocidades de que se componen muchas novelas, de esas muy buenas, que andan por ahí espeluznando gente y causando pesadillas á las jóvenes impresionables.

Yo he copiado á mis personajes á la luz de mi linterna, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; á unos con la risa en los labios, y á otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles del vicio y la virtud: de manera que cuando el lector, á la luz de mi linterna, ría conmigo, y encuentre el ridículo en los vicios, y en las malas costumbres, ó goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia.

Esta es la linterna mágica: no trae costumbres de ultramar, ni brevete de invención; todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que nos importa; y dejando á las princesas rusas, á los dandíes y á los reyes en Europa, nos entretendremos con la *china*, con el *lépero*, con *la polla*, con la *cómica*, con el *indio*, con el *chinaco*,

con el *tendero* y con todo lo de acá. Conque, bástele á usted por ahora, apreciable cajista, y sírvase usted parar estas líneas por vía de introducción, porque á los prospectos les sucede lo que á varios conocidos míos; que ya nadie los cree bajo su palabra.

FACUNDO



ENSALADA DE POLLOS

CAPITULO I

En el que el curioso lector se inicia en algunos misterios de la incubación de la raza

Don Jacobo Baca es un padre de familia, de esos que hay muchos, sobre los que pesa una grave responsabilidad que no conocen, y que están haciendo un perjuicio trascendental de que no se dan cuenta.

Don Jacobo ha sido alternativamente impresor, varillero, ayudante del alcaide de la cárcel, por *cier-*

to mal negocio; después *jicarero* encargado de pulquería, y últimamente ha sentado plaza de arbitrista, que es como se la va pasando,

Don Jacobo cree que sabe leer y escribir, pero buen chasco se lleva; pues en materias gramaticales confiesa él mismo, con admirable ingenuidad, que nunca se ha metido en camisa de once varas.

En otra de las cosas en que se lleva chasco D. Jacobo, es en creer que sabe hacer algo, pues nosotros, que bien le conocemos, estamos seguros de que á pesar de sus letras no sabe hacer nada.

Su inutilidad lo condujo, aunque paulatinamente, á la situación lamentable en que el lector lo encuentra.

Aburrido D. Jacobo de buscar destino, y más aburrido de no hallarlo, pensó en una cosa.

Esta cosa la han pensado las nueve décimas partes de los hombres útiles

que hay en el país. *Lanzarse á la revolución.*

Esta idea, acariciada en medio de la ociosidad y de los vicios, es el calor con que la madre discordia empolla á sus hijuelos; esta idea ha sido el prólogo de muchas epopeyas, así como el primer paso en la senda del crimen; esta idea entra en el número de las resoluciones desesperadas, y se equipara con la de suicidarse.

Respetamos, aunque no aludiendo á D. Jacobo, esta misma idea de lanzarse á la revolución, cuando es engendrada por el noble arranque del patriotismo.

Don Jacobo, arbitrista y todo, llegó á desesperar; se le cerraron todas las puertas, como él decía, y comprendió que necesitaba lanzarse á la revolución.

Don Jacobo tenía un compadre.

—He pensado una cosa, le dijo un día.

—¿Cuál? le preguntó el compadre sorprendido de que D. Jacobo pensara algo.

—*Lanzarme á la revolución.*

—¡Pero compadre!....

Hubo un momento de silencio, durante el cual D. Jacobo escupió por el colmillo.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—No me queda otro recurso; ya usted lo ve, no hay destinos, nadie presta, y luego mi mujer.....

—Pero compadre, repitió D. José de la Luz, que así se llamaba el interlocutor.

—Lo único que me falta es caballo y armas.

—Es decir, todo.

—Casi.

—Para pelear se necesitan armas.

—Cabal.

—¿Y contra quién va usted á pelear?

—Pues contra cualquiera; yo lo que necesito es la revolución.

—Pero ¿usted no tiene principios políticos?

—Pues vea usted, compadre; en cuanto á eso, usted sabe que al hombre lo hacen las circunstancias.

—Pero usted puede elegir. Diga usted.

Don Jacobo meditó profundamente con la vista fija en tierra, y luego preguntó:

—Ahora ¿quiénes están mejor?

—¿Cómo mejor?

—Quiero decir, ganando.

—Pues los liberales siempre ganarán, compadre, á la larga ó á la corta. Por mi parte, yo voy á los liberales á ojos vistas, es albur que sale; porque mire, aquí no pega lo de los extranjeros ni lo de las coronas.

—Sí, eso ya lo sé, compadre.

—¿Se acuerda de lo de Tampico?

—¡Pues no!

—Y ya usted sabe que van los mochos, que vienen los mochos; pero

siempre la libertad triunfa. Este es país libre, compadre.

—Pues con los liberales, compadre, dijo D. Jacobo iluminado.

—¡Dios saque á usted con bien! mire que los mochos fusilan bonito.

—Sí, pero.....

—¿Y la familia?

—Ahí se la dejo, compadre; no le diga nada á mi mujer hasta que yo me haya escapado; que Pedrito se haga hombre; le dice que no ande ahí con mañas, y Concha, que se case.

Los dos compadres, por fin, se despidieron.

Don José de la Luz pensó más en la mujer de su compadre que en su compadre mismo. Era natural. Quedaba encargado interinamente.

Don Jacobo pensó menos en su mujer que en procurarse caballo. Era natural: el caballo era muy importante, y su mujer ya estaba bien reco-

mendada; de manera que D. Jacobo se fué en derechura á casa de un amigo que tuviera caballo, y se lo pidió prestado; después buscó otro amigo que tuviera pistola, y le ofreció limpiársela.

Empeñó un resto de equipaje, y se puso en tren de defender á la madre patria.

Había pernoctado en un mesón de Santa Ana; despertó muy temprano y arregló su cabalgadura. Era ésta un caballito de rancho, malicioso y asustadizo, tordillito mosqueado, con una oreja gacha, malos cascos y peor boca.

Don Jacobo le puso doble rienda, colocó á la grupa una gran maleta, pagó el gasto al *huésped* y se encaramó más bien que montó en el tordillito, el que al sentir sobre el lomo aquella humanidad asustadiza comenzó á caracolear en el patio del mesón, más bien de disgusto que de brío, y al fin, resignándose, salió á la calle.

Aquel jinete no llevaba espuelas, pero en cambio llevaba miedo y cuarta. El animal si no tenía buena estampa, tampoco tenía otras cualidades; trotaba ferozmente, y á pesar de las dos riendas, le sucedía lo que á México, tenía mal gobierno.

Don Jacobo, en quien el valor no era precisamente una de sus cualidades distintivas, creía que los transeuntes le conocían en la cara aquello de que *se estaba lanzando á la revolución*, y afectaba un disimulo que para nada le servía.

La calzada de Guadalupe se le figuró inmensamente larga hasta que llegó á la garita.

Allí le ocurrió otra cosa, y eran ya dos cosas buenas las que según él le habían ocurrido.

Lo de *lanzarse á la revolución* era una, y encomendarse á María Santísima de Guadalupe era la otra; pero en cuanto á la segunda, comenzó á

encontrar inconvenientes poderosos: el primero era apearse y no tener donde dejar su caballo; pero bien pronto le ocurrió otra cosa buena, más buena que las otras, y ya eran tres las que en pocas horas iban cambiando la faz de su vida: esta última cosa buena fué aquella de que con la intención basta, y encontró tan de su gusto el consuelo, que hasta se atrevió á dar por primera vez un azote al tordillito, que contestó espeluznándose como un gato y encogiendo el cuarto trasero como si le hubiera dolido mucho, movimiento que empezaba á revelar que entre D. Jacobo y su caballo había cierta analogía; aquel debía ser el caballo de D. Jacobo: habían nacido el uno para el otro.

Cuando D. Jacobo salió de la ciudad de Guadalupe, respiró más libremente, figurándose que acababa de salir con bien de un gran lance, y repetía interiormente:

—Por fin ya estoy lanzado á la revolución. Ello es cierto, continuaba después de un largo rato, que bien puede costarme caro... una bala... pero por otra parte, en la revolución siempre se come, porque cuando no lo hay se toma.

A propósito de tomar, sintió sed y tomó pulque, pagándolo, costumbre que estaba próximo á perder, una vez *bien lanzado á la revolución*.

Después de pagar pensó en su mujer.

Don Jacobo pensaba siempre por analogías.

Su compadre D. José de la Luz tenía la misión diplomática de informar á la familia de D. Jacobo de lo de la revolución.

—O vuelvo rico, decía D. Jacobo, ó no vuelvo; yo pasaré trabajos, pero llegaré á tener una guerrilla y entonces...

Dios es grande, y mi compadre

muy caritativo, de manera que mi mujer no se morirá de hambre; en cuanto á mis hijos, el varoncito, que se enseñe á hombre, y Concha, como ya se sabe vestir, se casará pronto.

Absorto en sus reflexiones D. Jacobo, caminó todo el día, y á la oración estaba en el mesón de un pueblo en donde tomó lenguas para orientarse al día siguiente.



CAPITULO II

Don Jacobo recibe el espaldarazo de la caballeria andante y queda hecho guerrero.

Al rayar la aurora el tordillito asomaba la cabeza entre las trancas del corral. El animal había perdido su blancura mate en virtud de la incuria de su nueva caballeriza. Don Jacobo se sorprendió al ver á su cabalgadura, que por un solo lado seguía siendo blanca, pero por el otro era amarilla: no parecía sino que el animalito había dormido sobre un lecho de zacatlaxcale en infusión.

Unos arrieros lanzaban á la sazón una estridente carcajada, burlándose

del tordillo y llamándole *mascarita.* El huésped se permitió algunas bufonadas sobre lo bien que se había pintado el andante, y recomendó al dueño que no lo vendiese.

Don Jacobo creía tener razones de peso para no ser valiente; tragó las bromitas y siguió su camino.

A poco andar percibió *un polvo,* y poco práctico todavía D. Jacobo en materia de *polvos,* tuvo á bien suspender su marcha por si acaso.

La polvareda crecía y se acercaba, y nuestro héroe comenzaba á inquietarse. Es cierto que lo que para cualquiera otro caminante hubiera sido una calamidad, para D. Jacobo era la dicha; pero, no obstante, D. Jacobo temblaba.

Al fin desapareció el motivo de alarma y D. Jacobo continuó su camino, hasta que de manos á boca dió con una guerrilla.

—¿Quién vive? le gritó un foragido.

—Un amigo, contestó D. Jacobo afectando calma pero espeluznándose como su tordillito.

—Haga alto ó le rompo el alma, dijo el guerrero.

Don Jacobo obedeció.

—Eche pie á tierra.

Don Jacobo lo hizo á tiempo que una nube de polvo lo envolvía, porque diez jinetes se acercaban á él pistola en mano.

—Será algún mocho, dijo uno.

—Lo colgaremos, gritaron otros.

—Que venga el jefe, dijo una alma caritativa, en tanto que un valiente lo atropellaba con su caballo que hacía cabriolas.

—Entregue las armas, D. Petate.

Don Jacobo entregó la pistola.

—El penco no vale un real, dijo uno reconociendo el tordillito.

—Es de dos colores.

—Es que durmió caliente.

—*Eche acá* la toquilla, gritó otro

héroe, lanzando una blasfemia inconducente.

Y D. Jacobo se quedó sin sombrero.

—¿Y usted será sacristán, no amigo?

—Tiene cara de fraile.

—Y corona, gritó uno; que muera el cura.

Don Jacobo había perdido, no precisamente por el calor del pensamiento, el pelo de la coronilla.

—Que nos diga misa.

Y de las chanzas y burlas sangrientas los guerrilleros iban pasando á las vías de hecho, y ya uno azota al tordillito, ya aquel prepara su *lazo*, y quién sabe adónde hubieran llegado si el jefe de la fuerza no viene á meter paz.

—Ahí viene el jefe, dijo uno.

En efecto, acababa de presentarse en escena un jinete como de treinta y cinco años, tipo de la raza indígena, sin barba, grandes labios morados, pelo negro y mirada concentrada y

recelosa. Montaba un magnífico caballo alazán tostado, de gran alzada, acordonado y fino, y de movimientos elegantes y pisada firme, ojo chispeante y ancha la nariz; el animal venía sobre sí y como interrogando cada vez que levantaba enhiesto la cabeza.

El jinete traía una chaqueta de afelpado negro, con agujetas y botones de plata, calzonera negra con botonadura triple de pequeñas conchas de plata, chaparreras de piel de tigre sobre la cabeza de la silla, gran sombrero bordado de oro, dos pistolas de Colt, con empuñadura de marfil, sobre cada una de las caderas, puñal con mango de ébano y plata en una vaina de terciopelo rojo y contera dorada, espada de montar y un Spencer en su carcaj. Llevaba el chaleco desabrochado, dejando ver una banda roja y una gran cadena de oro.

—¿Quién es ese hombre? preguntó sin levantar la voz.

Todos callaron.

Don Jacobo rompió el silencio diciendo:

—Me llamo Jacobo Baca, y vengo á presentarme, mi coronel.

—¿Ha servido? preguntó el coronel.

—No, mi coronel.

—Usted será espía de los mochos.

—No, mi coronel, repitió D. Jacobo, procurando sonreirse.

—¿Pues dónde estaba?

—En mi casa.

—¿Y á qué vino?

—A servir.

—¡Adiós! ¿y de qúé sirve?

—De lo que se ofrezca.

—¿Sabe dar cuchilladas?

—Sí, mi coronel.

—¿Es valiente?

—Cuando se ofrezca...

El jefe recorrió con la mirada á don Jacobo, lo examinó á su sabor, y después de una larga pausa, dijo:

—Pues convide á los muchachos

para que *lo calen,* y si ellos quieren...

—Con permiso, mi coronel, vamos al pueblo.

—Vayan cuatro, y cuidado con ese.

Don Jacobo montó á caballo sin sombrero y sin pistola.

Un guerrillero comenzó por darle cola al tordillito. La enclenque cabalgadura, con todo y jinete, vino por tierra. El pobre de D. Jacobo apenas pudo levantarse, rengueando y herido de la cabeza.

El tordillito se quejó dolorosamente al caer y parecía que estaba conociendo su miseria. D. Jacobo lleno aún de polvo y de sangre, ofreció cigarros, sin proferir una queja.

Otro guerrillero se preparaba á *echar un lazo* á D. Jacobo.

—*A ver si no,* dijo uno.

Esto quería decir que salía á la defensa de D. Jacobo.

—Ya raspan, cantó otro. El señor es mi amigo, vaya, y yo soy hombre.

—Ya está, mi segundo, dijo el de la reata.

—Como lo va á convidar... dijo otro.

Esto fué un cambio de viento para D. Jacobo, á quien ayudaron á montar y le ofrecieron la lumbre.

Llegaron al pueblo y D. Jacobo pagó el gasto. El alcohol, que por lo que tiene de espirituoso nivela los espíritus, puso á la misma altura á víctima y verdugos. D. Jacobo estaba ya en vísperas de hacer carrera.

Entretanto, volvamos á la mujer de D. Jacobo y veamos qué hace.

La mujer de D. Jacobo se llamaba Lola, tenía treinta y tres años y estaba lo que se llama bien conservada. Casi podían pasar desapercibidos sus dos hijos, Concha y Pedrito; D.ª Lola estaba bien, especialmente desde que D. Jacobo *se había lanzado á la revolución*.

Don José de la Luz era tan bueno y

tan servicial y tan atento, que á doña Lola no le faltaba nada, de manera que no cesaba de exclamar:

—¡Qué bueno es mi compadre!

El compadre, que tenía también muy buen corazón, no cesaba de decir: ¡qué buena es mi comadre!

Y luego, que como aquella era una época de prueba, era, como sucede siempre, el crisol de la amistad.

No sabemos de qué medios ingeniosos se valdría D. José de la Luz para dar á D.ª Lola la noticia de don Jacobo; pero sí nos consta que el lloriqueo no se sostuvo por largo tiempo.

—Vale más así, decía D. José; puede ser que mi compadre se logre; ¡tantos vemos que vuelven!

—Crea usted, compadre, que si no fuera por usted me moriría de pena.

—Lo creo.

Y de veras lo creía D. José.

—Usted me consuela, decía D.ª Lola.

Y positivamente se consolaba con

las finezas de su compadre D. José.

En cuanto á Concha y Pedrito, como en virtud de esa ley que mejora las generaciones, sabían más que D. Jacobo y más que D.ª Lola, deseaban á toda costa aletear por su cuenta.

Doña Lola, debemos decirlo en obsequio de su corazón de madre, temblaba ante el adelanto de sus hijos. Era una gallina que había incubado patos y éstos se arrojaban al agua del progreso, dejándola en tierra; ¡pobre D.ª Lola!

—Antes, exclamaba, los hijos eran dóciles, porque creían saber menos que sus padres; pero hoy tengo que capitular con la ilustración de mis hijos; éstos no reciben de mí más que lo que les conviene, y hasta se atreven á reprenderme cuando procuro corregirlos. Efectivamente algunas veces me han persuadido con sus buenas razones, porque eso sí, mis hijos tienen mucho talento.

Don José de la Luz, que para estos casos y para otros más apurados tenía siempre listas algunas frases de consuelo, contestaba:

—Es preciso, D.ª Lola, es preciso que así sea: ¡el adelanto, el progreso, la civilización!... Vea usted, yo conozco á la madre del general H***.

Pronunció un nombre que nosotros callamos, y continuó:

—¿Quién cree usted que es esta pobre señora?

—No sé.

—Pues es una pobre señora... sirviente, guisaba, quiero decir, hacía la comida, ó más bien dicho, era la cocinera de la casa de ***.

Don José pronunció otro nombre, que por ser muy conocido callamos nosotros, porque en esta ensalada nos hemos propuesto que el lector coma las lechugas sin saber en donde se cortaron.

—Ya usted lo ve; la madre del gene-

rai H***. Pues la pobre señora se calla, su hijo la manda como general, y si no fuera porque le besa la mano delante de todo el mundo, nadie sabría que es su señora madre. Así le sucede á usted con Pedrito y con Concha.

—Exactamente, ya no me es permitido reprenderlos; en el momento me echan en cara mi torpeza, y siempre acaban por probarme que no tengo razón.

Este pliegue del corazón humano, como diría un novelista romántico, es la primera dislocación moral, como decimos nosotros, á despecho de la crítica; es el primer aleteo de independencia de los pollos actuales, protestando á nombre del progreso contra la tutela materna.

Había antes un secreto resorte que sujetaba la razón del niño ante el encantador prestigio de la madre. Nosotros recordamos haber escuchado

oráculos de los labios maternales; las palabras que oímos cuando niños, tenían el sello de una autoridad que jamás nos ocurrió poner en duda.

Hoy, salvo el debido respeto al verdadero progreso que amamos y respetamos los primeros, hay, y en abundancia, pollos llenos de suficiencia, de humos y de garbo para enmendar la planilla á los autores de sus dias.

Concha y Pedrito, sin ser precisamente progresistas, eran pollos que rompían el cascarón y lo pisoteaban: quiere decir, se avergonzaban de su madre.

Abierta esta primera puerta, roto este primer dique del respeto filial, los hijos de D. Jacobo se ponían en situación de adelantar notablemente.

Corrían un riesgo inminente que ellos mismos acariciaban.

Doña Lola conocía todo esto por la intuición delicada de las madres;

pero no se lo podía explicar bien á don José de la Luz; éste por su parte hacía todos los esfuerzos posibles por encontrar una solución consoladora á todas las tribulaciones de su comadre.



CAPÍTULO III

De como á los pollos se les va conociendo por la pluma y por el canto.

PEDRITO se enteró estoicamente de que casi ya no tenía papá, y, seamos francos, no lo sintió mucho: se quedó pensativo; pero no porque sintió algo en el corazón sino en las alas.

Iba á alear, ya podía alear.

Buscó varias veces seguidas en su casa á un personaje, personaje fresco, acabado de hacer, pero en boga.

El personaje estaba visible pocas veces, y no se veía otra cosa por todas partes.

Al fin Pedrito logró verle al tercer día de solicitudes.

El personaje, aunque acabado de hacer, tenía bata, aunque acabada de hacer, y gorra griega y pantuflas.

Así recibió á Pedrito.

—Buenos días, mi general, dijo éste.

El personaje era coronel, de manera que la primera sonrisa de benevolencia fué toda para Pedrito, que á su vez sonrió de esperanza.

—¿Qué vientos le traen á usted por acá, muchachito?

—Vea usted, mi general; vengo á confiar á usted un secreto.

—Bien.

—Pero me ofrece usted.....

—¡Vamos, muchachito! ¿de qué se trata?

—Yo sé que es usted uno de los..... de los, ¿cómo diré? de los liberales de buena fe.

—¡Oh, sí! ¿y eso quién lo duda?

—Pues bien, el secreto es que mi padre..... ¡se ha lanzado á la revolución!....

—¡Hombre! exclamó el coronel.

—Y yo tengo necesidad de ver lo que hago.

—Eso es; en todo caso es necesario ver uno lo que hace.

—Y he pensado.....

—¿Qué ha pensado usted?

—Pedir una colocación.

—¿Al gobierno?

—En cualquier parte.

—Usted no tiene.....

—Sí, señor, á mi madre y á mi hermana.

—¡Ah!

—Y como supondrá usted están mal.

—Y su hermana de usted, ¿qué tal? Estará ya hecha una mujer.

—Ya la verá usted, se apresuró á decir Pedrito; y es preciso decirlo, le pareció en ese momento que su negocio iba bien.

—Pues cuente usted conmigo, muchachito.

—Van tres veces que me dice muchachito, pensó Pedrito.

—¿Cuándo quiere usted que lo vuelva á ver?

—Pronto; dé usted sus vueltas.

Pedrito se despidió del coronel con estudiada cordialidad y con muchas esperanzas.

Pedrito, como se ve, hacía lo mismo que su papá; como no sabía hacer nada buscaba destino.

Era una piedra del edificio social que esperaba su destino; buscaba un albañil que la *colocara*, y como no estaba labrada, debía ser colocada detrás de otras piedras.

Mientras Pedrito busca destino, el curioso lector tiene tiempo de ocuparse en conocer á Concha.

Concha tenía muchas cosas buenas: en primer lugar, diez y seis años; en segundo lugar, dos ojos muy negros y muy expresivos, de esos ojos que no están de balde en el mundo, ojos programa, ojos que levantan á su propie taria falsos testimonios.

Detengámonos un poco para que no se atribuyan á palabrería estos elogios, y hablemos seriamente de los ojos de Concha; porque cuando hemos releído la historia de esta joven, nos hemos persuadido de que sus ojos ejercieron una influencia directísima en su porvenir; casi ellos tuvieron la culpa de todo.

Los ojos de Concha no eran ni luceros, ni mucho menos azabaches. ¡Dios nos asista! eran simplemente ojos á los que más bien que todas las imágenes de los poetas, les venían los epítetos de *platicones*, de *pícaros*, etc.

Al menos así se lo dijeron á Concha muchas veces, lo cual animó más á Concha y á sus ojos á volverse insoportables.

Diremos en qué nos fundamos.

Sabido, y mucho, es aquello de que los ojos son el espejo del alma; en efecto, los ojos de Concha no desmentían tal aserto; pero había más, Con-

cha conoció, primero porque era mujer y luego porque se lo dijeron, que tenía una arma en sus ojos.

Concha, bajo este punto de vista, era armipotente.

Todas las mujeres han elevado sentidas y misteriosas preces al dios de lo bello, ante el ara del espejo, porque les conceda algo notablemente hermoso, y este dios propicio ha derramado, especialmente en México, sus preciados dones; de lo que resulta que á la que le tocó un pie bonito, por ejemplo, se tropieza con tantas oportunidades para enseñarlo, que no parece sino que á cada cinco pasos hay un caño y cada bocacalle es un vado difícil, todo con la debida circunspección y reserva, y en los límites prescritos. A la que le tocó cintura de sílfide, se sofoca con otro abrigo que no sea de punto de Alençón ó de ojo de perdiz; y la propietaria de una mano que copiarían Praxíteles y Fidias, tie-

ne una cabeza tan perezosa que necesita sostenerla á toda costa con su manecita blanca y torneada; las propietarias de manos de esta clase, siempre tienen algo que hacerse en la cara, siempre una mosca imprudente les pica en la mejilla, siempre el cabello se descompone en la frente, siempre, en fin, suceden tantas casualidades hermanas, que la manecita está ocupada de continuo en ejer cicios plásticos, con beneplácito del artista y de los osos.

Pero la hija de Eva, que, por supuesto, tiene su alma en su almario, á quien le toca por don un par de ojos como los de Concha, hace pasar la cuestión del terreno de la estética al de la filosofía, y se entra de lleno á un género distinto de reflexiones.

Concha no vió nunca impunemente.

A los trece años sus ojos representaban diez y seis, y era que la belleza y el artificio se combinaban, y aque-

llos ojos llegaron á lanzar saetas por miradas, y llegaron, en el ejercicio de la más inocente coquetería, hasta á subrayar lo que hablaba Concha.

La mujer posee un librito de letra menuda que suele pasar desapercibido del sexo feo.

Lo decimos porque la primera persona que le hizo comprender á Concha que tenía bonitos ojos, no fué un hombre, sino una mujer.

Era ésta una amiguita de infancia, pobre como Concha, pero fea.

—¿Sabes por qué te quiero tanto? la dijo un día.

—¿Por qué? preguntó Concha, casi adivinando de lo que se trataba.

—¡Porque tienes unos ojos muy lindos!

Y la amiguita fea se los besó ardientemente.

Otra vez la dijo, en tono de reconvención:

—No veas así, porque me enojo.

Finalmente, en las viviendas de la casa en que vivía Concha se cantaba *á pasto* una canción á *los ojos*, y simultáneamente convenían los vecinos en que esos ojos eran los de Concha.

Un joven sastre que pespunteaba todos los días ocho horas frente á Concha, llegó á coser mal, y mientras uno de los vecinos pespunteaba *los ojos* en la guitarra, el sastre hilvanaba los pespuntes.

Concha trasladaba todas estas observaciones al librito de la letra menuda, y todo ello iba robusteciendo y aclimatando, por decirlo así, en la mente de Concha una idea fija, inseparable de todas sus demás ideas: la de que tenía muy bellos ojos; y por esa serie de movimientos nerviosos, secundarios, y para los que casi no se necesita la voluntad deliberada, Concha había ido adquiriendo cada día una manera de ver más expresiva, más irresistible y que, no obstante, parecía natural.

Al espejo del alma le iba sucediendo una cosa rara: que cada día iba siendo mejor el espejo que el alma.

He aquí un grave mal: Concha era ya una mujer á quien en lo sucesivo se le iba á juzgar injustamente; se la iba á creer más ardiente, más apasionada, más espiritual de lo que era en realidad: sus ojos iban á preparar frentazos.

Estos empezaron por el sastre y por el de la guitarra.

El sastre, en un día grande en cuya víspera se había confeccionado á sí mismo un traje nuevo, se atrevió á hablarle á Concha de sus ojos, después de sus miradas, luego de sus efectos, cuya prueba eran los pespuntes, y por último le espetó un *yo te amo* como cuenta de sastre.

Concha blandió su arma favorita, miró al sastre, y á la mirada acompañó una risita y á la risita un dengue.

El sastre se desorientó y siguió ha-

ciendo pespuntes, aunque con todas las veras de su corazón hubiera querido hacer versos.

Al de la guitarra le llegó su turno, y después de aturdir á toda la vecindad con *los ojos*, y de haber logrado dar á su voz de tenor *sfogatto* toda la elasticidad del berrido lírico, asestó sus tiros sin obtener mayor triunfo que el sastre; y ambos amantes, en su común desgracia, no saborearon más consuelo triste que suscribirse á las poesías de Antonio Plaza, poeta que ha tenido el talento de hacerse leer con entusiasmo, en esta época de positivismo y de cobre, por todos los enamorados, especialmente si éstos tienen de qué quejarse como el sastre y el de la guitarra.



CAPITULO IV

En que se ve que la civilización mejora la raza.

Todo lo que los ojos de Concha tenían de ricos, tenía ella de pobre; pero decididamente la hermosura engendra las aspiraciones.

Concha cultivaba con ahinco heroico la amistad de unas señoritas ricas.

Ya hemos visto nosotros á señoritas ricas tener amistad con jovencitas pobres, como estas jovencitas sean hermosas; este no será un motivo suficiente, pero sucede y sucedía así con Concha.

Esta comenzó por encontrarse atribulada en materia de atavíos propios para presentarse; pero estas dificultades acabaron por desaparecer, merced al cariño de las amiguitas, quienes hicieron al fin costumbre vestir á Concha.

Esta polla no necesitaba más que plumas, distintivo esencial de la raza fina; y el primer gro que crujió á los movimientos de Concha, no se desprendía de la propietaria como podría haber sucedido, sino muy al contrario.

El sastre y el tenor oyeron crujir aquella seda al barrer sus puertas, como si hubiera pasado por ellas la Fortuna; las vecinas cuchichearon y se asomaron á sus puertas como llamadas con campanitas; y, en una palabra, el traje de Concha fué el platillo de todas las conversaciones.

Vieja hubo que, torciendo el gesto, protestara humilde y devotamente no

volver á saludar á Concha; y bien averiguado que no eran ni el sastre ni el tenor los obsequiantes, toda la atención de la vecindad se concentró en buscar al protector desconocido.

El lujo, que trae consigo la vanidad, trae la mentira. Concha ocultaba la procedencia de su vestido de seda.

Y bien visto no tenía necesidad de contarlo.

Concha estuvo presentable, y sus amiguitas exclamaban entre sí:

—Ahora ya es otra cosa, ya podremos llevar á Concha al paseo, al teatro, ¡pobrecilla!

—Y lleva bien el traje.

—¡Cómo es tan bonita!

Concha fué invitada á comer un domingo con sus amiguitas.

La casualidad hizo que ese domingo Arturo, primo de las amiguitas de Concha, comiera también en la casa.

Arturo era un pollo fino, de buena familia y además era bonito, espigado, nervioso, pequeño de cuerpo; prometía llegar á tener muy buena barba; era pulcro, elegante, aseado; se vestía bien, calzaba bien y era simpático; era hijo único y no necesitaba buscar destino, y bien podía, como Pedrito, no saber hacer nada, supuesto que tenía dinero.

Bien podía también emplear su tiempo como mejor le pareciese, de manera que en lo general no lo empleaba en nada, y podía ser vago sin título y sin riesgo.

El lector, antes que nosotros lo digamos, ha dado por hecho que Arturo y Concha estaban predestinados.

Concha pensó á un mismo tiempo en sus ojos, en el sastre, en el tenor y en Arturo.

Arturo pensó en sí mismo y en Concha.

A poco rato hablaba con una de sus primas en estos términos:

—La voy á emprender con Concha.

—¡Arturo! ¡Arturo! exclamó la prima, escandalizándose. Te lo prohibo.

—Y ¿por qué?

—Porque es una pobre muchacha, á quien queremos mucho y la hemos de defender de ti.

—Es que lo que yo quiero es quererla tanto como ustedes.

—Pero tú eres un pillo.

—Gracias, prima.

—Quiero decir, eres hombre.

—Otra vez gracias; pero todo eso no impide que me gusten mucho los ojos de Concha.

—¿Oiga? preguntó la prima con un acento en que había tanta ironía como celos.

—¡Son divinos!

—Pues cuidadito; porque nosotras no lo hemos de permitir.

Esto que la prima decía, en tratándose de amor, daba el resultado diametralmente opuesto.

La oposición, la resistencia, la dificultad, lo vedado, son los combustibles con que desde antaño atiza el niño amor su antorcha. Arturo no necesitaba tanto; pero la prima trabajaba inocentemente en contra de Concha.

Arturo se calló para insistir.

Los ojos de Concha habían ya tejido, como los gusanos de seda, un capullo alrededor de Arturo.

Esto es lo que se llama envolver á uno en las redes de amor.

Arturo, por su parte, había tejido otro capullo alrededor de Concha.

Eran dos capullos electro-magnéticos, pero bastaban. Aquello no tenía remedio.

La ocasión propicia no se hizo esperar mucho.

—Concha, exclamó un día Arturo, estoy enamorado de usted.

Concha se puso colorada.

—Es usted encantadora.

Concha no se puso más colorada.

Hubo un momento de silencio en que las dos cabezas de aquellos pollos eran dos devanaderas.

A Concha le palpitaba el corazón á pesar de estar prevenida, hacía tiempo, para este caso.

—¡Concha!.... exclamó Arturo, como si esa sola palabra bastara á decirlo todo.

Bien pudo haber sido así; porque Concha entonces miró á Arturo.

Los ojos, los ojos de Concha hablaron.

Arturo tomó una de las manos de Concha y la cubrió de besos antes que ésta pudiera retirarla.

Volvió á reinar el silencio.

En la música de amor no hay cosa más elocuente que los compases de espera.

Durante uno de esos compases, Concha vió delante de sí ese mundo nuevo, encantado y misterioso que se

aparece delante de las niñas á la primera palabra de amor; se deslumbró de tal manera, que no pudo contestar; una felicidad desconocida cerró sus labios y sintió que se le humedecían los ojos.

Arturo la vió encantadora, como efectivamente lo estaba, á través de su turbación, y la estrechó la mano.

El sacudimiento hizo brotar una lágrima de los ojos de Concha. La flor se despojó de su rocío. Muchas veces la expresión de la felicidad pura es el llanto; hay almas que gozan tanto, que lloran. Concha había contestado al amor de Arturo como las flores, como las nubes, con gotas de rocío.

¡Amor, amor, cuyo primer perfume es siempre puro; puerta de un edén de donde se sale con la hiel en el alma!

¿Acaso en la lágrima de Concha había aparecido el sombrío presentimiento del porvenir?

Concha inculta, Concha pobre, tenía un tesoro, su pureza; tenía un peligro, su inocencia; tenía un enemigo, su amor; tenía un mal consejero, su vanidad; todo esto delante de una realidad estoica: el pollo.....

Arturo es el más feliz de los pollos.

La felicidad en el pollo es la fatuidad.

Arturo se infatuó, tosió, se compuso la corbata, encendió un puro y acercó su silla á la de Concha con la seguridad de un derecho conquistado legítimamente.

Esta actitud del pollo es uno de sus aleteos más interesantes.

En esta actitud, cuando el pollo es fino, quiere decir de buena sangre, de familia moralizada y que no ha perdido la pureza del alma al contacto de la depravación de las costumbres actuales, entonces el pollo nada más ama, nada más espera.

Pero cuando el pollo es *temprane-ro*, cuando es de esos pollos que abundan, sahumados con humos parisienses, echados á perder al soplo del precoz libertinaje, entonces el pollo, en vez de amar corrompe, en vez de esperar apresura, en vez de contemplar se precipita, y el neófito de la inmoralidad moderna, aspirando á ser un Lovelace ó un Riosanto, de un amor primero, de un amor puro hace un crimen, y en las puertas de un edén abre una sentina.

Arturo había acercado su silla para ajar aquella flor, y la primera; bocanada de su aliento fué corrompida.

Concha se estremeció.

En seguida estuvo perpleja; pero por fin se levantó, diciendo:

—Pero yo no debo amar á usted.

—¿Por qué? preguntó Arturo

—Porque no debe ser, porque usted es rico, porque usted no me ama.

—¡Que no la amo á usted, Concha! míreme usted á sus pies.

Y cayó de rodillas, tomando entre sus manos las de Concha.

—Levántese usted y.....

Arturo se levantó en silencio y..... debemos decirlo aunque él no lo confesara..... pasó algo negro sobre su cabeza, sintió como la desazón de aquel á quien su conciencia le reprende.

Concha vió en aquella nube un horizonte oscuro, frío, profundo.....

Permanecieron de pie y callados por algún tiempo.

Arturo rompió el silencio, diciendo con tono reposado:

—Sentémonos.

Concha se dejó caer en su silla.

—¿Cree usted que el que yo sea rico puede ser un obstáculo para nuestro amor?

—Sí.

—¿Desearía usted que fuera yo un miserable?

—No, miserable no, pero pobre.

—Eso es una extravagancia. ¿Acaso no sabe usted que el dinero lo puede todo?

—Sí, menos igualarnos.

—¡Cómo no! Concha, desde hoy no faltará nada en la casa de usted; desde hoy usted tendrá cuanto apetezca, y jamás tendrá usted penas.

—Usted tiene familia.

—Está ausente.

—Usted se avergonzará de mí mañana.

—Jamás, contestó Arturo cómicamente.

Esta entrevista, como casi todas las entrevistas de amor, fué bruscamente interrumpida, circunstancia que proporcionó á Arturo una salida honrosa, y á nosotros pasar á otro capítulo.



CAPÍTULO V

Monografía del pollo

Aunque el joven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX, y con más especialidad de la época actual, y todavía más particularmente de la gran capital.

No hay que confundir al pollo con el adolescente á secas, con el niño, ni mucho menos con el joven.

El pollo se cría en México bajo condiciones climatéricas. Es la larva de la generación que viene, de una generación encargada de darle la últi-

ma mano á nuestras cosas de hoy.

Cuando nos hemos propuesto escribir sobre *los pollos*, no hemos comprendido bajo este nombre á todos los jóvenes, ni este título *sui generis* lo prodigamos por razón de edad solamente; y para que el lector juzgue y establezca importantes diferencias en las clasificaciones, le mostraremos nuestra cartilla, que á la letra dice:

—¿Qué es pollo?

—Pollo, por razón de edad, es un bípedo racional que está pasando de la edad del niño á la del joven.

—¿Qué es pollo por razón social?

—El bípedo de doce á dieciocho años, gastado en la inmoralidad y en las malas costumbres.

—¿En cuántas clases se dividen los pollos?

—En cuatro, á saber: *pollo fino, pollo callejero, pollo ronco* y *pollo tempranero.*

—¿Qué es *pollo fino?*

—El hijo de gallina *mocha* y rica, y gallo de pelea, ocioso, inútil y corrompido por razón de su riqueza.

—¿Qué es *pollo callejero?*

—El bípedo bastardo ó bien sin madre, hijo de reformistas, tribunos, héroes, matones y descreídos, que de puro liberales no les ha quedado cara en qué persignarse.

—¿Qué es *pollo ronco?*

—El de la raza del callejero, que llega al auge de su preponderancia, que es el plagio.

—¿Qué es *pollo tempranero?*

—Cada uno de los tres anteriores que se distingue en su primer emplume por sus avances; de manera que es más *tempranero* el que con menos edad tiene más vicios y el corazón más gastado.

—¿Existen en esa edad jóvenes á quienes no se les debía aplicar el nombre de pollos?

—Sí; existe la generación espiritual, la de los jóvenes honrados, los hijos de la Ciencia, los alumnos aprovechados de los establecimientos de educación, ricos y pobres, pero fieles á la moral y al deber, que serán mañana los depositarios de la honra nacional, del patriotismo, de la ciencia y de la literatura.

—¿Hay causas determinantes del aumento y progreso de los pollos de las cuatro clases enunciadas?

—Sí, y son las siguientes: primera, el torrente invasor de la prostitución parisiense, y segunda, la conmoción social en la época de transición porque atravesamos.

—¿Cómo se podrán corregir los pollos implumes cuando desprecian la moral y el deber, cuando se burlan de los buenos ejemplos?

—Sólo por medio del ridículo. Señáleseles con el dedo; exhíbanse ante el mundo con todos sus defectos, y

al arrancar sonrisas mofadoras y gestos de desdén, tal vez le teman más al ridículo que al crimen.

Con esta moraleja acaba la cartilla. Nuestra intención es sana, tanto cuanto es nuestra pluma torpe en el difícil género que hemos emprendido; pero en gracia de nuestra buena intención, nos perdonará el lector la digresión y anudaremos el hilo de la historia.

Volvamos á Pedrito.

Pedrito tenía mucho de su papá y de su mamá, pero más tenía de sí mismo, de manera que sabía más de lo que le habían enseñado.

Pedrito tenia por derecho legítimo el título de pollo callejero.

Doña Lola, si bien no tenía eso con que se hacen los discursos, era buena, inofensiva y devota, pero no pudo conseguir que Pedrito siguiera sus consejos. En cuanto á D. Jacobo, se dispensó una vez por todas la molestia de dárselos nunca.

Abolida (y con justicia) la disciplina y los golpes como método racional de enseñanza, ha habido después muchos papás y mamás que han tocado el extremo opuesto; hoy están en mayoría absoluta los muchachos consentidos, los niños son más formalmente mal criados y terribles; las mamás querendonas y consentidoras están también en mayoría.

Temblad ante los niños, especialmente de los riquitos. Muchos dicen que es porque nacen más despiertos, que es el progreso, y exclaman, parodiando al libro santo: Dejad que los niños hagan lo que les dé gana.

Eso hizo Pedrito, eso le dejaron hacer hasta lograr su entrada en el gremio de los pollos callejeros.

Merced á la influencia del general, tardó muy poco en encontrar destino, y mucho menos en encontrar sastre: dos elementos tan indispensables para el pollo, como el maíz y el agua.

Pedrito fué de la noche á la mañana escribiente; bien es que no sabía escribir, pero ya aprendería; y si de ortografía tampoco sabía cosa, estaba recomendado por el general.

Pedrito se transformó en un abrir y cerrar de ojos; no había recibido la primera quincena cuando estrenó un pantalón á grandes cuadros, un saco ó gabán en que empleó el sastre la menor cantidad posible de género.

El pollo callejero le llama al sombrero alto *sorbete* ó *cubeta,* y lo rehusa por ser el distintivo de los caballeros. Pedrito se adaptó un sombrerito corto, abovedado, que, segun él decía, era á la inglesa.

Se colocó la corbata más amarilla y más abigarrada que encontró en el comercio, y no faltó alfiler, ni dije, ni circunstancia para que Pedrito estuviese presentable.

La pobre de D.ª Lola tenía mucho gusto, y era tan buena, que tuvo

más satisfacción de ver á Pedrito hecho un lechuguino, que si le hubiera visto la honrada blusa del obrero.

Doña Lola creía de buena fe que su hijo se había logrado; y cuando supo que Pedrito tenía amigos de distinción, la pobre madre no pudo menos que avergonzarse de haber reprendido tantas veces injustamente á su pobre Pedrito.

Doña Lola, como lo habrá conocido el lector, creía con mucha facilidad muchas cosas: tenía desarrollado el órgano de la fe, ó, como decía don José de la Luz, D.ª Lola tenía muy buenas creederas.

De manera que D.ª Lola creía sinceramente que D. José era el modelo de los compadres; y á juzgar por las pruebas de cariño que de éste recibía diariamente, tenía razón: don José estaba pendiente de sus menores deseos; D. José hacía las veces de don Jacobo Baca; con respecto á la



Pedrito.

conducta de los hijos de éste, D. José subvenía á las necesidades domésticas, y como se verá por lo que vamos á contar en seguida, D. José no tenía precio en materia de amistad.

Se acercaba un viernes de Dolores.

Don José había estado viendo venir ese viernes hacía dos meses.

Doña Lola tenía una Dolorosa, delante de la cual ardía de día y de noche una lamparita.

—El día de mi Virgen, decía una noche D.ª Lola á D. José, el día de mi Virgen pongo altar.

—Hará usted muy bien, D.ª Lola; esa es una costumbre que me gusta mucho. Estamos de acuerdo, y además, como ese es un día grande.....

—¿Por qué? preguntó D.ª Lola, sabiendo por qué lo decía D. José.

—Porque es el día de su santo.

En los labios de D.ª Lola se dibujó una sonrisa.

En los de D. José otra.

Después la mirada de D.ª Lola se encontró con la mirada de D. José, y los dos guardaron silencio.

En seguida hablaron de otras cosas.

Pocos días después D. José rompió un interregno de silencio con estas palabras:

—Con que el día de su santo.....

Y..... ¡qué casualidad! se volvieron á reproducir las dos sonrisas y se volvieron á encontrar las dos miradas.

Doña Lola estaba sembrando en macetitas y cubriendo con semillas de chía remojadas la áspera superficie de unos jarritos porosos.

—¿Con que esa es la siembra para el día de su santo, comadre?

—Para el viernes de Dolores.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, porque todo esto es para mi Virgen. A mí no hay quien me celebre.

—Yo, comadre, ese día es mío.

—Pero ¡compadre de mi alma!

—Ya lo dije, y ya lo saben los amigos.

El fino del compadre tenía efectivamente preparada una fiesta, y ya en la vecindad andaba el runrún de que el viernes de Dolores habría un buen altar en la vivienda de doña Lola.

La víspera de día tan solemne se había acostado bien tarde D.ª Lola, y Concha, un tanto contrariada, había tomado parte en las importantes haciendas de la casa, que se había removido de arriba á abajo.

En cuanto á Pedrito, hacía días que no tenía la bondad de ver á su madre, porque Arturo, de quien era muy amigo, lo hospedaba en su casa.

De repente, los sonoros ecos de una música de bandolones, flautas y corneta de pistón despertaron á D.ª Lola, á Concha y á los vecinos.

Era el bueno de D. José, que venía

á ofrecer á D.ª Lola *unas mañanitas.*

Después de la primera pieza se abrió lentamente la vivienda de doña Lola, y apareció Concha y después su mamá.

—¡Compadre! exclamó ésta, ¿para qué se mete usted en..... *esas mañanitas?*

—¡Comadre! contestó D. José, es un deber; le dije á usted que el día era mío, y lo he tomado desde temprano.

Efectivamente, eran las cuatro de la mañana, apenas empezaban á rechinar algunas puertas, y el ruido de algunas escobas empezaba á turbar el silencio de las calles, interrumpido á esas horas por el andar de algunos panaderos, por el rumor lejano de las diligencias que salen y por el mugido prolongado de una vaca que entra en la ciudad, extrañando á su cría.

El santo de la fiesta, que no era ni santa, pero que así le decían todos, mostraba esa satisfacción embarazo-

sa de todos los santos de la fiesta; los músicos tocaban alegres danzas, y ya los vecinos, atraídos por la novedad, estaban formando corrillos: unos se agolpaban al corredor, otros acechaban y algunos entraban á saludar á D.ª Lola.

Concha estaba despeinada ,y vestía una bata de percal blanco y se cubría el pecho con un rebozo de Tenancingo.

A las *mañanitas* musicales hubo que agregar la indispensable ceremonia de hacer la mañana, y circuló el *catalán* con beneplácito, especialmente de los músicos.

Concha no tomó; pero en su lugar don José tomó una copa, que acompañó con un brindis que sabía de memoria y recitaba en estos casos.

Don José fué celebrado por doña Lola y por los músicos, quienes tocaron diana como un homenaje al verdadero mérito.

El día pintaba bien: debía ser muy alegre.

—Como que se celebran los Dolores de María, decía D.ª Lola con fervor devoto.

—Y á mi comadre, añadía D. José.

Concha, ayudada por una criada andrajosa, sirvió el desayuno; y cuando los músicos se retiraron comenzó el tragín del altar, al que cada uno de los vecinos concurría con su contingente: quién envía sus macetas, quién unos platos con semillas de trigo nacidas, quién un tápalo de gasa y quién botellas y vasos para las aguas de colores; porque en aquel altar cabía todo lo alegre, todo lo abigarrado y rechinante, desde las prendas de ropa, hasta los platos del comedor, los pájaros, los macetas, las flores artificiales de un peinado que se usó y las flores empolvadas que habían adornado algunos años las clavijas de una guitarra; finalmente, D. José mandó cuarenta velas de cera.

Concha, en unión de dos amiguitas de la vecindad, se había encargado de las aguas frescas con que los concurrentes habían de mitigar el calor que iban á sentir con las cuarenta velas.

Don José estuvo más atento y más servicial que nunca; comió en la casa y trabajó todo el día para poner el altar: como que era el encargado de clavar clavos en las paredes y poner las macetas y las velas.

Pedrito apareció al mediodía, é hizo un gesto y dijo que aquello era el fanatismo y el embrutecimiento; doña Lola y D. José le llamaron excomulgado y hereje, y Pedrito se dió humos de civilizado, burlándose de aquella fiesta, hasta el grado de introducir en la casa y en la vecindad, no sólo el desconcierto, sino el escándalo.



CAPÍTULO VI

El altar de los Dolores.

Al acercarse la noche, el tragín tomó el carácter de una asonada: faltaban muchas cosas, ya era la hora, Concha no estaba vestida, D.ª Lola tenía jaqueta, todas las piezas de la vivienda estaban llenas de vecinos.

El sastre ponía velas en los candeleros; el de la guitarra hacía banderitas de oro volador; dos niñas dulces doraban naranjas agrias, mientras dos viejas agrias se acababan los dulces que les habían servido por vía de *piscolabis* ó de servicio *extra*, y en

virtud de la fuerte razón que dieron de espantarse el histérico.

Don José de la Luz se multiplicaba como los Josees y como la luz; sudaba gotas gordas y estaba en un brete porque por primera vez en su vida se había puesto botines de charol, botines que, por otra parte, le habían valido ya tres miradas oblicuas de doña Lola; y D. José estaba ufano haciendo un cálculo aproximado: contaba como á diez dolores por mirada.

El altar presentaba ya ese mosaico caleidoscópico de cien mil prismas y cien mil relumbrones. Los amarillos vástagos del trigo nacido en la oscuridad; las muchas macetitas sembradas con almácigo de lenteja, garbanzo y cebada; la chía tapizando con sus dos primeras hojitas la superficie de pinos, jarros, ladrillos y *comales*, en los que la *alegría*, otra semilla cuyo primer brote es rojo, formaba caprichosas labores.

Estos eran los doce *comales* de doña Lola, en los que se mostraban los clavos, el martillo, las tenazas, la escalera, los dados, la túnica y demás atributos de la pasión de Cristo, todo de alegría.

El tapete que es de rigor colocar al pie del altar, era de salvado, de polvo de café y de hojas de flores. Estaba hecho por el sastre.

El de la guitarra fué comisionado por D.ª Lola para encender las velas del altar. Y un vecino, dependiente de aceitería, tenía el encargo de aderezar, encender y colocar las cuarenta y ocho lamparitas que debían alumbrar cada uno de los vasos que contenían aguas de colores.

A las ocho ya el altar estaba completamente iluminado y llenando la mayor parte de la sala.

La luz que salía á torrentes por la puerta é iluminaba la pared del corredor de enfrente, empezó á atraer á todas las mariposas de la vecindad.

—¡Parece un monumento! decía una anciana; ¡bendito sea el Señor Sacramentado!

—Si este D. José de la luz es fanfarrón, decía otra.

—Y luego que como no está ahí don Jacobo, dijo el sastre muy bajito.

—¡Ah! si estuviera ahí, estaría esto tan triste, dijo una vecina relamida que había comido mucho.

—¿Y dan aguas frescas? preguntó un muchacho.

—Vaya, como que en el 7 han molido pepita desde ayer.

—Aconséjele usted á Conchita, mi alma, dijo la anciana que había dicho lo del monumento; aconséjele usted que no deje de echarle á la horchata sus rajas de canela y su polvo por encima.

—Yo no; porque Conchita, desde que usa tacones y castaña, se ha vuelto tan mala.....

—¡El incienso! ¿En donde está el in-

cienso? gritaba D.ª Lola. A ver, que traigan un anafe.

Dos chicos, cerilleros de oficio y en receso aquella noche, se apresuraron á ofrecer sus servicios, y á poco rato pasearon por toda la casa un brasero incensario que arrojaba espesas nubes de humo blanco, hasta que lograron poner toda la casa en olor de santidad.

Concha, entretanto, había abandonado el campo y se había refugiado en el cuarto de una vecinita predilecta. Allí la esperaba una criada de ruego y encargo con agua tibia, ropa limpia, pomada y útiles de tocador, que acomodados previamente en un canasto, iban á transformar á la hacendosa Concha.

Esta llegó jadeante, inquieta, y viniéndose el tiempo encima, comenzó á despojarse de sus vestidos con una festinación febril, se lavó la cara, y á hurtadillas de la indiscreta criada se pasó por el rostro una esponja con al-

bayalde de plata disuelto en agua rosada..... á hurtadillas también consultó tres veces al espejo si la *mano* había quedado pareja, y luego comenzó á aglomerar *postizos* sobre su cabeza; una gran castaña, más apuntalada con horquillas que un casco de buque en astillero, y luego rizos y luego flores.

La graciosa cabeza de Concha, que en todo el día había dejado caer dos trenzas negligentes y lacias, se había transformado como al conjuro secreto de una hada, tomando un aspecto distinguido y elegante.

Concha mostraba una disposición infusa para el tocador; había adivinado por instinto esas líneas características del *chic*. En una palabra, había hecho una gran conquista, tenía el secreto de un prestigio cuyo valor apenas puede medir la misma mujer.

Se sabía peinar.

La criada, que había estado entran-

do y saliendo muchas veces, se paró de pronto frente á Concha, exclamando:

—¡Qué linda está usted, D.ª Conchita! Y ¡qué blanca! agregó sin acertar la causa. Y qué..... prosiguió después de un rato, ¿siempre que se lava la cara se pone tan blanca?

—Sí, Soledad, contestó Concha. Es que como se me irrita la piel con el calor.....

—¡Eso es! Pues mire usted: yo me voy á lavar seguido; porque mire usted, no soy tan prieta y á mí también se me irrita el cutis con la cocina.

—Harás bien, dijo Concha. Dame mi crinolina.

—¡Ay niña! si está enredada; toda se ha volteado; estas de alambre no sirven; cuando tenga usted, se ha de comprar una en el portal de las Flores; las hay muy bonitas.

Concha pensó en Arturo por la analogía que probablemente ha de haber entre el amor y la crinolina.

La criada no cesaba de contemplar el blanco mate de Concha, sorprendida de que hubiera desaparecido tan radicalmente la irritación de la piel.

Concha se estaba pasando por los dientes un cepillo con polvos de comoto.

—Qué, ¿viene el niño Arturo? preguntó la criada, abriendo la boca.

—¿Por qué lo preguntas?

—Como se limpia usted los dientes.

Concha se rindió á la evidencia: la criada había adivinado.

—Sí, contestó con un movimiento de cabeza.

Poco después se sentó Concha en el suelo, se descalzó y se puso á lavar los pies.

La criada estaba pendiente, y al servirla agua, exclamó, también abriendo la boca:

—¡Ay qué piecitos!....

Concha le pagó con una mirada.

La criada le dió la toalla, y buscó

después en el canasto algo que había en el fondo: eran dos bultos envueltos en papel de estraza.

—¡Medias! exclamó la criada; ¡botines! repitió descubriéndolos, y del «Botín azul»; ¡caramba! ¡de á cinco pesos! ¡á ver, á ver! ¡con sus moños!

Concha veía venir una indiscreción tras otra, y se resolvió á ponerles término.

—No digas nada, dijo; no lo sabe mamá.

—¡Ay! con que..... ya decía yo.....

—Soledad, por Dios.....

—Hace usted bien, que el que una sea pobre es toda su desgracia; que á las pobres ni hay quien las quiera, y si el niño Arturo.....

—¡Cállate!

—No; yo lo digo porque si usted quiere..... ya sabe usted que los doce reales que me dan en el 14, ni para manta..... y luego los mandados.

La criada permaneció callada y como preocupada.

Concha se estaba poniendo las medias.

—¿Y qué? preguntó Concha al cabo de un rato.

—Decía que... en caso de que su-suceda... yo me puedo ir con usted.

—¿De veras?

—¡Vaya! Como una quiere vestirse y también cada cual... porque vea usted.... no me he podido comprar unos botines todavía, y con usted y el niño Arturo que es tan rico...

—Pero si todavía...

—¡Qué!... ¿y los botines? ¡vaya! yo lo he conocido todo. ¡Ay qué *ataderos* tan preciosos! no se puede negar que el niño...

Concha ajustaba á su gallarda pierna una liga de seda blanca con hebillas doradas; ya se había calzado los botines, y se puso en pie.

—Coloca la vela y el espejo en el suelo.

—¿Para ver los botines? Ya entiendo.

—Más allá, dijo Concha, levantándose la falda y procurando encontrar sus pies en el espejo que se movía en las manos de la criada.

—La criada, después de muchas vacilaciones, acertó á reclinar el espejo en una silla y se sentó en el suelo.

Concha permanecía recogiendo la falda con ambas manos y con la vista fija en el espejo; la criada dirigía pasmada y con cierta avidez sus miradas alternativamente á la copia y al original, al espejo y á los pies de Concha.

Aquellos pies merecían todos los honores.

Entonces el calzado de color estaba en boga.

Los pies de Concha, calzados en aquel momento con unos botines de seda color de café, eran, en efecto, el modelo del renombrado pie mejicano, arqueado, fino, pequeño y elegante.

Concha, por su parte, les buscaba el escorzo en el espejo y procuraba estudiarlos, como los dibujantes del natural, por todos lados.

No en vano nos detenemos en estos pormenores, pues la fisiología viene en apoyo de nuestra contemplación.

Concha estaba experimentando esa dulce voluptuosidad del aseo; sentía en sus pies esa confortable sensación que proporciona una media irreprochable en un calzado justo y perfecto que oprime como una suave caricia.

Esta sensación, que partía de los pies, se comunicaba por los ramos nerviosos como por otros tantos hilos eléctricos al cerebro de Concha, y allí se producía un deslumbramiento.

Aquella fruición difundía un bienestar extraño y agradable en todo el cuerpo de Concha, que por momentos sentía acrecentarse un estremecimiento gratísimo.

Concha veía en sus pies, como á sus pies, el lujo, las comodidades, la vanidad y el bienestar social.

Inútil parece advertir que aquellos botines y aquellas medias eran un regalo de Arturo; quien, con énfasis, había dicho á un amigo suyo:

—Es necesario comenzar por los cimientos.

Estamos seguros de que Arturo no midió toda la verdad de su frase; pero no había cosa más cierta.

Aquella sensación de placer, debida á los botines, no la ha olvidado Concha nunca.

Aquella electricidad que comenzó por los pies, invadió toda la máquina, deslumbró á Concha y la perdió.

Eran los cimientos, efectivamente, de un edificio, como los que finge la niebla, como los que forman las nubes y los *mirajes*...

Pero no anticipemos ni se nos vaya la lengua.

La criada pensaba que sería muy feliz el día que pudiera calzarse como Concha, y midiendo de un golpe su impotencia, preguntó á Concha:

—Cuando estén viejos ¿me los dará usted?

Esta pregunta hizo salir á Concha de su enajenamiento y dejó caer su falda.

—Ya es muy tarde, exclamó; dame mi ropa.

La criada se levantó, después de haber acariciado los pies de Concha, que hubiera querido besar.

Concha se puso un vestido de muselina, aéreo y transparente, y de un gusto exquisito; estaba adornado con *volantes*, que la misma Concha, á costa de muchos días de trabajo, había logrado encañonar.

Se colocó un pequeño cuello y un lazo rojo; puso un geranio entre los rizos que adornaban su frente, y salió del cuarto seguida de la criada.



CAPÍTULO VII

En el cual revela la historia natural las poridades de la raza fina y de la ordinaria.

CONCHA apareció radiante ante el altar; los circunstantes, como movidos por un resorte mucho más profano de lo que en sí pudiera serlo Concha, apartaron simultáneamente los ojos de la Dolorosa y de las banderitas, para contemplar á aquella placentera criatura.

Don José de la Luz miró á Concha de arriba á abajo.

Doña Lola sofocó un grito de su corazón con un grito de su conciencia.

—Concha está muy bonita, pensó;

pero no debía vestirse así, y yo tengo la culpa.

El sastre pareció haberse picado con una aguja, porque se chupó los dedos.

El de la guitarra palideció: se sentía destemplado.

Concha atravesó todas las piezas de la casa, haciendo ese ruido compacto, sordo y peculiar del calzado nuevo.

A Concha le gustaba oir aquel ruido: andaba casi sólo por oirlo.

Y sus pies seguían comunicándose con su cerebro.

El autor consulta á sus lectoras:

¿No es verdad que hay presiones exteriores que transmiten á veces un mundo desde la superficie de vuestro cuerpo hasta lo más recóndito de vuestro pensamiento?

Concha, en una palabra, estaba preocupada con sus pies; era la primera vez que se calzaba así, y de-

seaba con mucha razón calzarse así siempre.

A las ocho y media se oyó el ruido de un carruaje que paraba á la puerta de la casa, y en seguida el crujir de la seda en las escaleras.

Concha se precipitó al corredor y salió al encuentro de las visitas.

Eran éstas las amiguitas ricas de Concha. Con ellas venían los amiguitos.

Y con los amiguitos, Arturo.

Se oyeron cuatro besos, y en seguida rumor de voces.

Concha conducía de la mano á Ernestina.

Detrás venía Sara, después Edmundo y luego Arturo.

Fué necesario esperar á que el corredor se despejara de la nube de curiosos que lo invadía, para que las amiguitas de Concha pudieran pasar.

Los pocos asientos disponibles que había en la sala estaban ocupados

por las dos octogenarias que habían comido dulce, por las señoras de la vivienda principal y por algunas personas desconocidas.

Las amiguitas de Concha eran las pollas ricas, y los compañeros, como bien se comprende, eran pollos finos.

Por cuya calidad se consideraron dispensados de ser amables con aquellas pobres gentes, y sólo murmuraron un «buenas noches» entre dientes y sin dirigirse á nadie.

De pie, y acompañadas por Concha, contemplaron por largo rato el altar.

Arturo y Edmundo se llevaron los sombreros hacia la boca, como para tapar alguna sonrisa, y se pusieron á ver, Arturo á Concha y Edmundo á la concurrencia, dirigiendo á todos, uno por uno, esa mirada altiva y desembarazada del pollo rico, mirada de onza de oro, mirada fija y resuelta, mirada *á plomo*, que bien pudiera llamarse *á plata*.

Concha enseñaba á sus amiguitas uno á uno los primores del altar, é hicieron grandes elogios del tapete.

Concha miró al sastre, que estaba enfrente oyendo sus honras.

Las amiguitas vieron al sastre.

El sastre vió á las amiguitas y á Concha.

—¿Conque el señor es....? se dignó decir Ernestina.

—Sí, señorita,. se atrevió á decir el sastre poniéndose colorado.

—Mira, Sara..... el señor es el que hizo el tapete.

—¡Ah! balbució Sara, con un movimiento de cabeza de *primo cartelo.*

Doña Lola y D. José eran simples espectadores.

Aquella incrustación aristocrática de cuatro pollos elegantes había impuesto á los concurrentes más silencio que la Dolorosa con sus cuarenta velas.

Las pollas encontraron que allí ha-

cía mucho calor, á pesar de que no cesaron de mover el abanico, cuyo ruido era el único que interrumpía el silencio.

Concha hizo pasar á sus amiguitas á la pieza inmediata, en donde las sirvió personalmente vasos de horchata.

Hasta aquel momento, la sed reinaba en todas las fauces, y sólo cuando hubieron tomado las pollas ricas empezaron á circular los refrescos entre los pobres.

La tertulia de cinco pollos quedó instalada definitivamente en la pieza inmediata á la del altar.

Arturo tomó una silla y se colocó junto á Concha.

Ernestina y Sara lo notaron.

Edmundo procuró hablar con las pollas á toda costa.

—¡Qué insoportable olor el del incienso!

—Es copal, dijo Sara.

—Huele á oratorio de indios, observó Ernestina.

—¿Qué le parece á usted el altar, Sara?

—Hay muchas visiones.

—Sea usted tolerante.

—Esa es mi opinión; ¿y qué le parece á usted la concurrencia?

—Detestable, contestó el pollo.

—¿Quién es la madre de Concha? preguntó Ernestina en secreto á Edmundo.

—Aquella gorda.

—¿Cuál?

—La que se cubre con un rebozo negro, que está junto á aquel hombre de chaqueta.

—¿Esa?

—Esa.

—Parece increíble.

Entretanto, Arturo hablaba con Concha por lo bajo, y á merced del rumor que se iba levantando á medida que los vasos con chía, horchata,

limón y tamarindo circulaban por el corredor, por la sala y por toda la casa.

—Todo está dispuesto, decía Arturo.

—¿Y mi madre? preguntó Concha.

—Todo se arreglará.

—¿Va usted á hablarle?

—Si se hace necesario.....

Entretanto, una mujer pecosa que bizcaba del ojo izquierdo, formaba el centro de un corrillo en el corredor.

—El taimado del sastre, decía, que se puso como unas granas..... ya se ve, si la tal Conchita no encuentra un acomodo pronto y en la calle, va á revolver á toda la vecindad, tan curra y tan peripuesta, y luego pintada..... cuando es tan prieta como yo.

La bizquera y las pecas de esta mujer no le habían impedido enamorarse del sastre, ni mucho menos encelarse de Concha.

—Está quedando bien, continuaba,

dirigiéndo una mirada oblicua hacia la ventana desde donde se divisaba á Concha. Como ha puesto su altar; como ha sido la sacristana, sí, la sacristana. Ahí tienen ustedes á Concha la sacristana, que ni para eso sirve.

—¡Concha la sacristana! repitió una mujer del grupo.

—¡Concha la sacristana! ji, ji, murmuraron dos muchachos.

—¡Adiós! ya se le quedó ese nombre, exclamó otra mujer.

—¡Qué gusto! exclamó la bizca, castañeteando con la lengua; aunque á mí me digan *la bizca*, como á ella le digan *la sacristana;* sí, la sacristana, la sacristana. Le voy á armar un loro, exclamó de repente, inspirada por una idea maligna.

Se adelantó algunos pasos hacia la puerta de la sala y llamó á D.ª Lola.

—¿Qué le parece á usted, D.ª Lola? le dijo; si esto ya no se puede tolerar, y si yo hablo es por usted y nada

más, que en cuanto á mí, ni me va ni me viene.

—Pero ¿qué? preguntó D.ª Lola.

—Nada, no es nada; su hija de usted; que porque tiene amigas ricas y novios elegantes; mírela usted por aquí, por la ventana del corredor; venga usted y se convencerá de que esas encopetadas sólo vienen á mofarse de todo; y en cuanto al jovencito, no digo nada: mírelo usted como arrima su silla á la de Conchita. ¡Si se ven unas cosas!....

Doña Lola se fijó en el grupo que formaban las amigas de Concha, y vió efectivamente lo que le hacía notar la bizca.

—Yo, mi alma, no soy madre todavía; pero la considero á usted y la respeto.

—Déjela usted, respondió D.ª Lola, que se vayan las visitas y nos comeremos el gallo. Yo le haré ver.....

—Bueno, bueno, D.ª Lola; hará us-

ted bien, que se enseñe á respetuosa ante todas cosas.

Doña Lola volvió á la sala á ocupar su lugar junto á D. José, que ya hacía buen tiempo se encontraba descansando de sus botines.

La bizca, que se llamaba Casimira, seguía haciendo la crónica de la concurrencia.

—Bueno, bueno, repetía gozosa.

Y después exclamaba:

—Y luego, que ni un miserable vaso de chía nos han dado á los del corredor, y eso no es justo, que todas *semos* vecinas y todas lo trabajamos; yo presté dos platos, que buena falta me hacen.

—A ver, exclamó, que nos traigan de beber; los de por aquí no hemos tomado, y ya nos abrasamos de sed.

Una criada se acercó con un vaso y un jarro en que traía horchata, y sirvió al grupo.

Está un poco desabrida, dijo la biz-

ca, después de apurar el primer vaso; le falta dulce y tiene muy poca canela. Beba usted, mi alma, le dijo á una compañera; vea usted qué horchata.

El corrillo de los pollos finos se había animado también.

Ernestina miraba con desdén los petates; Edmundo se burlaba de la multitud de imágenes de santos que había colgadas en las paredes, y Arturo mantenía una acalorada discusión con Concha.

A poco rato, la concurrencia fué retirándose: los pollos finos salieron haciendo un ligero movimiento de cabeza al pasar por la sala; el sastre empezó á apagar las velas, y el día hasta aquel momento parecía haber terminado con felicidad; pero en el capítulo siguiente verá el lector que aquel viernes fué efectivamente viernes de Dolores.



CAPÍTULO VIII

De cómo una gallina vieja puede hacer un mal guisado.

De intento desistimos de pintar con pormenores la tumultuosa escena que tuvo lugar en la casa de doña Lola, cuando las visitas se hubieron retirado.

Aquello á que D.ª Lola llamaba comerse el gallo, había sido por parte de la madre de Concha la reprensión más severa, más cruel y más impertinente que pueda darse.

Doña Lola fué un energúmeno, una furia, en el colmo de la indignación y de la cólera.

Nosotros, en vez de copiar textualmente las palabras de esta escena, vamos á entrar en cierto género de consideraciones.

Hay cierta edad en la que el sér moral, movido por las impresiones que lo rodean, se erige, por decirlo así, en sí mismo, se caracteriza, modificándose y tomando su manera de ser.

En esa edad, la razón viene, por lo general, á dar la sanción y la conformidad á las tendencias que se formaron bajo ciertas impresiones.

El muchacho indócil y terrible que llegó á esa edad, acostumbrado ya á una libertad absoluta de acción, al entrar su razón en ejercicio, ésta lo induce con una parcialidad muy comprensible á sancionar sus actos reprobados.

El *por qué* de los hombres ha sido antes el *porque sí* de los niños.

No hay nada más fusible, ni que se

preste más á la modificación, que el sér moral del niño.

El primer amor del niño es el amor de sí mismo.

Es la época en que las madres exclaman, como si lo hubieran comprendido todo:

—¡Imprudente!

Es la época en que los niños hacen llorar á las madres.

Es la primera vez en que el niño comprende que se pertenece, sintiendo el primer destello de la individualidad.

Esta edad es un escalón de la vida, en el que se refleja la infancia con todos sus incidentes y circunstancias.

El niño, amedrentado por las nodrizas con cuentos que le han conmovido, encuentra la razón de ser cobarde.

El consentido encuentra la razón de ser impertinente.

El que ha sentido una presión do-

minadora, encuentra la razón de ser humilde y sufrido.

La razón, que es siempre una consecuencia, parte de las premisas, y estas premisas, formadas desde la cuna hasta la pubertad, imprimen al hombre, por lo general, su posterior carácter.

La educación del niño será una lucha más ó menos difícil y penosa, á medida que esté en más ó menos contraposición de las primeras impresiones.

Viene la juventud, y si ésta no se apoya en las bases de una moral sólida, el hombre viene á ser solidario de las tendencias solapadas de la niñez y del descuido de la juventud; y el hombre entonces tiene que modificarse por medio de un esfuerzo supremo, ó soporta las consecuencias en grande escala de todos los pequeños descuidos de la infancia.

Cuando la educación tiene necesi-

dad de empezar por corregir, en vez de ceñirse á guiar, hace lo que el jardinero que comienza á cultivar una planta silvestre viciada en su primera edad.

Todo esto nos induce á prescribir la educación desde la cuna, para que la de la segunda edad tenga una base y la de la juventud un resultado seguro.

He aquí por qué censuramos á las madres que, guiadas por una ternura irracional é injustificable, son, no la guía, no el jardinero que cultiva la plantita tierna, favoreciendo su desarrollo, sino la esclava de irracionales caprichos, puesta á merced de tiranuelos en pañales, de déspotas en larva.

Y no se diga que nos desentendemos de esa ternura sublime del amor maternal, ni se nos tache de ser incompatibles para comprender ese sentimiento purísimo que engendra la

abnegación más heroica y es origen de los más espontáneos sacrificios, no; pero queremos que la razón, que es luz y fuerza, que es poder y derecho, sea el móvil de la educación y la norma del cariño.

Reproducirse; ver nacer un niño débil, tierno, desvalido, inútil para sí mismo, cuyo sér moral es todavía una promesa, cuyo espíritu es una penumbra, cuya existencia es casi un milagro, cuya cuna es casi un sepulcro; escuchar su primer vagido; aspirar su primer aliento; recoger su primera mirada sin luz, su primera sonrisa incoherente; detener con ambas manos las mil contrariedades, las mil asechanzas de ese fantasma enemigo de las madres, que diezma niños, y sorprender, con esa atención peculiar del que vela por otro, el primer destello de inteligencia, crepúsculo de un sol que puede mañana iluminar el mundo; sentir la palpita-

ción de un corazoncito capaz más tarde de abrigar odios y pasiones, vicios y virtudes; tocar una frente donde podrá residir un pensamiento inmortal; ver todo esto, esperar todo esto, y durante cuatro años desentenderse del espíritu y criar un niño como se cría un pájaro, es desperdiciar los primeros materiales, es dejar enfriar la cera sin imprimir el sello, para grabar después con más trabajo, es podar lo que no debió haber nacido.

El animal emplea escrupulosamente todos los recursos de la prerrogativa de su instinto; se consagra á la cría con un afán indiscutible, con una asiduidad perfecta, irreprochable.

Pero por una anomalía, que es la primera de las calamidades humanas, el sér racional discute la inmutable ley natural, la modifica y la tuerce, y lo que es más, se desentiende, ciego por un cariño que tiene más de instinto que de razón, del tesoro sagrado de la inteligencia naciente.

¡Benditas sean las madres cuyo amor es iluminado por la razón, y que, comprendiendo que en el hijo, fruto precioso, hay en depósito y en germen un sér moral modificable, lo estudian porque piensan, lo guían porque saben y lo aman porque sienten!

¡Madres, besad á vuestros hijos en la frente! ¡Proteged el desarrollo de la razón con vuestra inteligencia desde el primer destello, como protegéis el desarrollo del cuerpo con vuestros pechos desde el primer vagido, y tendréis buenos hijos!

. . . .

Esto que acabamos de escribir era, había sido y seguirá siendo para doña Lola lo que en el mundo se llama «música celestial».

Doña Lola tuvo la incuria por cuna, y una madre que en materia de educación exclamaba:

—¡Yo soy como Dios me ha hecho!

Lo mismo decía D.ª Lola; de manera que cuando estuvo en aptitud para pensar, no sabía qué pensar; dejó que Concha fuera también como Dios la había hecho, y hoy se encontraba frente á una hechura que la sorprendía, frente á un sér moral débil y puesto á merced de sus pasiones incorregibles, frente á una planta que había crecido ya con las lesiones del embrión descuidado.

Doña Lola vió á su hija bonita.

Esto no servía mas que para aumentar su celo, y el celo, que es siempre una pasión mezquina, es en la persona inculta el furor y el odio.

Doña Lola veía á su hija bien vestida y elegante, y sentía el despecho de la emancipación espontánea.

Doña Lola vió á su hija enamorada, y sintió algo parecido al reproche: sintió la desazón de lo irremediable.

Este conjunto de disgustos era la cosecha que la madre recogía, y algo

muy severo le reprendía en el fondo de su conciencia hasta atormentarla.

Este tormento inexplicable para doña Lola, inarticulado y profundo, estalló brutalmente, y D.ª Lola, perdiendo el equilibrio y la moderación, prorrumpió en improperios, en denuestos y en insultos.

Nótese que las madres que quieren recobrar una autoridad perdida y desprestigiada por culpa propia, son las más cruelmente intolerantes é injustas.

El inestimable título de madre no lo es solamente por razón de serlo: ese título se consagra por medio de ese incontable número de sacrificios y de ese estudio prolijo, concienzudo y delicado del depósito moral confiado por Dios á la criatura racional para que un día dé cuenta de su desarrollo.

Sin esta base, un día se encuentra la madre delante de su hija, exclamando:

—¡Te desconozco!

Y las más veces sucede que la madre es la que no se ha conocido nunca á sí misma.

A medida que hay menos cultura y educación en las madres, hay mayor número de esos actos que podríamos llamar abusos de autoridad.

Ya se irá comprendiendo la ira de doña Lola.

En aquella ira había varios ingredientes.

El primero, el reproche de la conciencia de D.ª Lola, reproche que ella procuraba ocultarse á sí misma, sustituyendo la cólera y la palabrería á la razón; había, además, injusticia, había ignorancia, había insensatez.

Concha, por su parte, al encontrarse delante de un sér que la repudiaba, que la maldecía, que rechazaba el razonamiento y la disculpa, sintió que el vínculo sagrado del amor filial se ahogaba en una atmósfera de rencor y de encono.

Medía cara á cara la tremenda injusticia con que se la vituperaba, y la ternura era impotente contra la cólera: la razón impotente contra la ceguedad.

Las primeras palabras que Concha pronunció en su defensa, fueron cortadas por el dolor de una bofetada.

Concha miró un universo de chispas rojas.

Luego se sintió asida por los cabellos y arrojada en tierra.

Doña Lola, hecha una furia, había arremetido contra Concha, que yacía á sus pies empapada en lágrimas y en amargura.

Don José de la Luz apareció en la puerta, al ruido de la bofetada.

La criada Soledad había estado espiando por las rendijas de la ventana las escenas que acababan de pasar, y al ver á Concha caída, arrojó un grito, quiso tocar, pensó en pedir socorro y en armar un escándalo; pero

pensó también en Arturo, y bajó la escalera, descolgó la llave de un clavo que había en la puerta de la casera y salió á la calle.

Doña Lola fué presa de un ataque de bilis, acompañando cada uno de sus dolores con feroces denuestos, que la pluma se resiste á escribir.

Don José de la Luz, entretanto, entró como por asalto al terreno vedado.

Las situaciones de término medio buscan una explosión.

Don José tenía algo de alegre en aquellos momentos. Se habían reunido tantos motivos de excitación; aquel día había sido tan fecundo en episodios, que el desenlace le parecía propicio al bueno del compadre.

Tuvo ocasión de mimar á D.ª Lola enferma.

Hubo una oportunidad para consolarla, lo cual es, por otra parte, una misión honesta y buena.

Don José estuvo expansivo, casi tierno al ver sufrir á D.ª Lola.

Concha había permanecido anonadada; pero al fin se levantó y miró en torno suyo, dió algunos pasos y clavó en seguida la vista en el geranio que se había desprendido de sus cabellos.

Sentía un ardor horrible en la mejilla, pero no quería tocársela; le parecía que en aquel lugar estaba manifiesta y abierta la herida que estaba lacerando su alma.

Miró la flor, y su imaginación recorrió su pasado con una rapidez calenturienta; pensó en su padre, que tal vez no volvería; en sus amigas, que tal vez no la ampararían, y pensó en Arturo, estremeciéndose.....

—¡Sola! murmuró, cuando un ardor febril había evaporado sus lágrimas.

Los tiernos vínculos de la familia se le aparecían rotos por una mano cruel, ó representados por un dolor físico, por el dolor de su tierna meji-

lla, que se comunicaba como una corriente de fuego hasta su corazón.

Concha medía de un golpe la tremenda injusticia con que se la había tratado; resonaban en sus oídos, como las vibraciones de una campana siniestra, las horribles palabras con que D.ª Lola había procurado herirla y humillarla, y sentía acrecer por momentos su desolación y su infortunio; ¿qué hacer? ¿adónde volvería sus ojos? Estaba rodeada en aquella casa de personas que la querían mal desde que ella había procurado salir de su esfera humilde; había vecinas que ya la habían vituperado.

—Decididamente, estoy sola en el mundo; ¿por qué he perdido el cariño de mi madre? ¿Por qué desde que mi padre está ausente no he vuelto á recibir ninguna caricia? ¿Qué falta he cometido, Dios mío! decía Concha juntando las manos y buscando una luz en su tribulación.

—Arturo..... pensaba, Arturo dice que me ama; pero tengo miedo á ese amor. ¿Será acaso la infamia y el crímen lo que me ofrece? Pero á pesar de todo, le amo; yo sí que le amo de veras. Arturo no se casará conmigo, no; yo no debo ver á Arturo, y menos ahora, porque.....

Y Concha se estremecía, contemplando un negro abismo á sus pies.

—¡Dios mío, Dios mío! dame fuerzas, ilumina mi razón. ¿Qué haré? ¿Qué debo hacer? Yo no quiero ser mala, el crimen me horroriza, me da vergüenza pensar en ser infame.

Concha ocultó su rostro entre las manos. Un débil quejido de D.ª Lola la sacó de su profunda meditación.

—¡Mi madre sufre también!.... De todos modos, es mi madre..... aunque haya proferido maldiciones, aunque me haya dicho..... que salga de aquí..... Tal vez se haya arrepentido.

Dió un paso hacia la pieza en don-

de estaban D.ª Lola y D. José de la Luz, de quien ya Concha no se acordaba.

—Sí, continuó; se habrá arrepentido. ¿Iré? Sí, la pediré perdón, me hincaré para suplicarle que me castigue; pero que me quiera y no me vuelva á maldecir..... ¡Ay! la maldición de una madre..... ¡qué horrible es escuchar esas palabras!.... pero, ¿será posible? No, no; ¡si me ha querido tanto!....

Y al llegar aquí, parecía que Concha no tenía toda la evidencia de lo que acababa de decir, y continuó.

—Algunas veces..... sí..... algunas veces me ha querido mucho. Voy á pedirla que me perdone. Sí, esto es lo que debo hacer.

Concha se precipitó á la puerta, y la abrió; iba á dar un paso hacia adelante, cuando su semblante se descompuso, como si hubiera visto á la muerte; vagó en sus labios una sonrisa como la expresión de la amargu-

ra suprema. Se restregó los ojos, como creyendo no ser cierto lo que veía.....

—¿Quién es ese hombre? dijo, como entrando en el delirio..... Ese hombre que está á sus pies.....

—¡Ah!.... con razón ya no me ama mi madre.

. . . .

Sintió un nudo en la garganta, porque la ahogaban sus lágrimas, y parecía próxima á asfixiarse en aquella atmósfera; un grito iba á escaparse de su boca, pero le faltó el aire; sentía morirse..... Volvió el rostro para no ver más el cuadro que tenía delante, y atravesó vacilante las piezas de la casa, salió al corredor, y al sentir el aire frío, se escapó por fin de su pecho, ya no un grito ni un suspiro, sino un gemido sordo y estertoroso.

Giró el mundo alrededor de su cabeza; buscó en vano un apoyo, y cayó como un cadáver.



CAPÍTULO IX

Los pollos hacen de las suyas.

SOLEDAD salió corriendo de la casa, y apenas hubo andado el largo de la calle, moderó su marcha y empezó á entrar en cuentas consigo misma.

—Sí, que venga el niño, Arturo, decía; él sacará á Conchita de este apuro. ¡Dizque llegar á pegarle! ¡esto no se puede aguantar! y todo por el don José de la Luz, por ese taimado del compadre. Sí, que venga el niño Arturo. En esta vez se la lleva, y yo me voy también. Ahora sí compraré unos botines.



Pío Prieto y Arturo.

Soledad no tardó mucho en encontrar á Arturo. Estaba en Fulcheri.

—¿Qué hay? exclamó sobresaltado cuando el criado le participó que una mujer quería hablarle.

—Quiere ver á usted.

Arturo acababa de tomar un consomé, un *vol-au-vent* de ostiones y dos copas de Madera, en unión de Pío Prieto, un pollo que más adelante daremos á conocer al curioso lector.

Arturo salió al patio, habló un momento con la criada, á quien dió orden de esperar en la puerta, y volvió donde estaba Pío Prieto.

—Chico, ponte en pie la cosa es grave.

—¿Qué sucede? dijo Pío Prieto, parándose.

—¿Puedo contar contigo? le preguntó Arturo, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Eso quién lo duda? Ya sabes que soy hombre.

Todos los pollos son *muy hombres*.

—De un rapto, le dijo Arturo al oído.

—¡Hombre! exclamó Pío Prieto, abriendo los ojos.

—Sígueme.

—Te sigo.

—Vamos á casa por mi revólver; ¿traes el tuyo?

—Yo siempre lo cargo.

—Vamos.

—*Andiamo*, dijo Pío Prieto; para afectar serenidad.

Salieron, llegaron á la esquina de los portales y Arturo dió tres palmadas.

—¿Coche? preguntó Pío Prieto; pero si ya es muy tarde; espera, allá viene uno; es de los de *la busca*.

Así llaman los cocheros al servicio que prestan por turno de diez á doce. Son los coches que quedan esperando lances de á esas horas.

Montaron en el coche los dos pollos

y la criada; dió orden Arturo de parar en su casa. Subió, sacó su pistola, se puso un paltó claro, tomó una bufanda blanca y un sombrero de fieltro; se puso dinero en los bolsillos, y bajó en seguida.

Un momento después paraba el coche á la puerta de la casa de doña Lola.

—¿Qué hacemos? preguntó Pío Prieto.

—Subir.

—¿Y luego?

—Traernos á Concha.

—¡Pero su madre....!

—La matamos.

—Hombre, ¡qué barbaridad! ¿Y don José?

—También lo matamos.

—¡Dos víctimas!

—Eres un cobarde, Pío Prieto.

—No, chico, no me digas, que donde haya hombres.....

—Pues aquí hay un hombre y una mujer; subamos.

—Adelante, dijo Pío Prieto.

Al acabar de subir la escalera, se encontraron á Concha en el corredor. Yacía en el suelo falta de sentido.

Arturo se le acercó.

Se agacharon Pío Prieto y Soledad.

—No respira, dijo Arturo.

—¿Muerta? preguntó Pío Prieto temblando.

—No, desmayada.

—Hombre, eso es muy bueno; nos la llevaremos al coche.

Arturo, en lugar de contestar, levantó á Concha por la cintura.

Pío Prieto la levantó también.

Soledad procuraba arreglarle la ropa; la tomó sus preciosos pies, que iba acariciando en la oscuridad.

Así bajaron la escalera.

Todo estaba en silencio; los vecinos dormían; sólo una sombra se escurría tras de los pilares, siguiendo los movimientos de aquel extraño grupo que se dirigía á la puerta de la calle.

Pío Prieto y Arturo procuraban no hacer ruido con los pies.

Ya llegaban al zaguán, cuando se oyó en medio del patio una carcajada.

Los pollos estuvieron á punto de soltar la carga.

—¡Es Casimira! dijo Soledad; es la bizca malvada, que todo lo ha visto; ¡pronto, pronto!

Aquella carcajada tenía algo de siniestro.

El grupo llegó á la puerta á tiempo que Casimira gritaba:

—¡Ya se la llevan á la sacristana; que se va la sacristana; se la roban los catrines! ¡Adiós, Conchita la sacristana; adiós primor, mosquita muerta! ¡Adiós!

Don José de la Luz y D.ª Lola se pusieron de un brinco en el corredor.

—¿Qué sucede? preguntó D.ª Lola.

—¡Qué ha de suceder! contestó Casimira desde el patio, ¡que se llevan á la sacristana!

—Pero ¿quién es la sacristana? preguntó D. José.

—Ella, decía Casimira; su hija de usted, ella, así le dicen; pero se la llevan, corra usted, D. José, corra usted; ahí están en la puerta, ¡todavía es tiempo!

—¡Mi hija! gritó D.ª Lola; ¡D. José de mi alma!

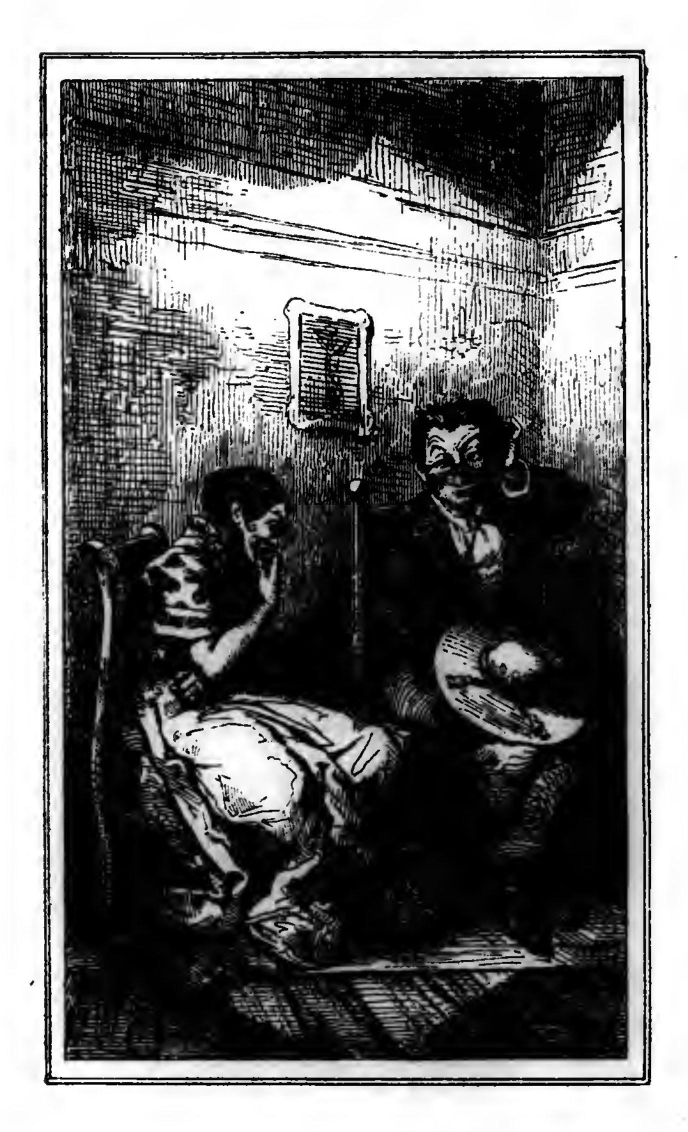
—¡Voy corriendo!

Y D. José bajó los escalones de cuatro en cuatro, y estuvo en el patio, corrió, se lanzó hacia la puerta y saltó á la banqueta á tiempo que partía el coche.

—¡Corre, ó te mato! se oyó gritar á Arturo, y en seguida tronó el látigo del cochero.

El coche se perdió bien pronto, como una exhalación, y haciendo un ruido espantoso en el empedrado.

Don José corría sin sombrero detrás del coche, gritando: ¡atájenlo!; pero sus gritos no se oían, hasta que



¡Ay D. José! ¡Ay D.ª Lola!

al fin se paró, falto de aliento, sin poder ni gritar; ni dar un paso.

Se apoyó en la pared, y se sentó en el suelo.

Doña Lola venía corriendo.

—No..... los pude..... alcanzar..... rugió D. José.

Doña Lola tampoco podía hablar por la fatiga, y se sentó junto á don José.

Estuvieron esperando á que el aire tuviera la bondad de entrar voluntariamente á sus pulmones.

El aire les dió gusto y le permitió decir á D.ª Lola:

—¡Ay D. José!

Y á D. José le permitió el aire contestar:

—¡Ay D.ª Lola!

Esta escena patética terminó porque D. José y D.ª Lola se fueron por donde habían venido.

Casimira estaba en medio de la calle observando, y cuando se acercó doña Lola, la bizca la dijo:

—En el 3 vive el *ispetor;* ¿voy á llamarlo? preguntó en seguida.

—¿Qué dice usted, D. José?

—Eso es muy delicado, y sobre todo sepamos con quién se fué.

—¡Cómo con quién! con el niño Arturo; ¡con quién había de ser! con el catrincito que le ha trastornado los sesos.

—¿Lo oye usted, D.ª Lola? dijo don José.

—Quiere decir que me la tenían amasada, dijo D.ª Lola, poniéndose en jarras; pero ya lo verán, qué buena cárcel se maman, que aunque sea mi hija, para eso hay justicia.

—Y sobre todo, el catrín, dijo Casimira. ¿Llamo al *ispetor?*

—Espérate, se apresuró á decir don José. Subamos, D.ª Lola, y hablaremos del asunto; por ahora cerraremos.

—Pero ¿quién les abrió? preguntó doña Lola.

—¡Vaya! exclamó Casimira, la So-

ledad, la del 14, que también es de la partida; si yo todo lo he visto, los estuve espiando; por señas que se han llevado á Conchita privada.

—¡Privada! gritó D.ª Lola. ¡Si le habrán dado un bebistrajo, si me la habrán envenenado esos pillos!

—No, dijo Casimira, es que le dió sentimiento que usted la abofeteara, y de berrinche se acalambró; pero ya se le quitará con Arturito, le llevará un buen médico, que como es tan rico, que hasta coche tiene.....

—¿Qué dice usted, D. José?

—¿Qué dice usted, D.ª Lola? ¡Qué desgracia!

Ya algunos vecinos habían despertado, y otros entreabrían sus puertas para averiguar lo que pasaba, cosa que bien pronto supieron, supuesto que Casimira levantaba la voz cuanto podía para tratar aquellos asuntos reservados.

—¿Qué le parece á usted que hagamos, D. José?

—Una de dos.

—A ver.

—O armar un escándalo ó dejarlos; no hay más.

—¡Dejarlos! ¡Pues no faltaba más!

—Porque..... vea usted; si meneamos la justicia, á la larga ganan los ricos, y citas van y citas vienen, para que al fin nada se consiga.

—La cárcel.

—Pero la cárcel no come, como dice el dicho, y sobre todo sale de la cárcel y.....

Intempestivamente, D.ª Lola lanzó un aullido, y después otro, y después otros seis.

El dolor toma una forma extraña en la gente ordinaria: no parece sino que hasta el llanto se educa; el aullido es característico en la mujer del pueblo; el mentado do de pecho y el mi bemol son hijos del dolor de esas gentes que lloran con los pulmones, como D.ª Lola.

No bien hubo ésta dado el primer aullido, cuando Casimira exclamó:

—¡Hace bien! ¡que se desahogue! Déjela usted, D. José.

Con esta sanción de Casimira, doña Lola tomó aliento, se lució.

Y aquell aullido, vibrando en los aires sonoro y prolongado, fué la voz de alarma.

No hubo un solo vecino que no preguntara, y con razón, la causa de aquellas notas altas.

No hubo un solo vecino que no se enterase del motivo secreto de aquel pesar.

—Yo lo estaba viendo, dijo una.

—Era preciso, dijo otra vecina.

—¡Vaya! á mí eso no me coge de nuevo. Si las que se ponen castaña son así, siempre acaban por irse; yo por eso ando de dos trenzas.

—¿Y con quién se fué?

—Con un tal Arturo.

—¿Y es rico?

—Es de coche; ¡pues no!

—¡Ah!.... entonces.....

—Hizo bien, dijo una criada; vale más buen acomodo que mal casamiento; así fué mi madre, y no le pesó. ¡Y armar tanto escándalo por eso! Hasta luego, vecinas.

El llanto de D.ª Lola acabó por fatigarla y se quedó dormida.

Es necesario respetar su sueño.



CAPÍTULO X

Comienza la hoja de servicios de don Jacobo.

A don Jacobo no le faltaron el primer día ni voluntad ni piernas; pero al tordillito le faltó sólo morirse, porque al rendir la jornada, hubiera exclamado de buena gana:

Ni Cristo pasó de la cruz..... etc.

El jefe recibió el parte de *la baja* y ordenó la requisición de caballos.

Cinco minutos después se pusieron á temblar todos los dueños de caballos de la población, y á los veinte minutos más, la nación tenía á su servicio otros diez caballos con que salvar á la patria.

Don Jacobo tuvo en qué elegir.

Eligió un prieto, de alzada, bueno para la carrera, lo cual era una condición inestimable.

Al echarle la silla, D. Jacobo pensó:

—Este caballo es de otro; pero la nación me lo ha dado.

—¡Qué buen caballo tiene, amigo! le dijo uno de sus cohéroes.

—No es mío, amigo, contestó don Jacobo.

—Pues ¿de quién es?

—De la nación.

—Eso es..... de la nación; pero su dueño está que chilla. Y oiga, amigo, cuídese de él, es malo y no le ha de perdonar á usted que monte su prieto.

—¿Y yo qué?

—Nada; que siempre es buena la precaución, y que no venga solo por aquí nunca.

La palabra *nación* estaba siendo insuficiente para quitarle su valor á la palabra *robo*.

Don Jacobo, y debemos decirlo en obsequio de su conciencia, hubiera devuelto el caballo por tal de no tener aquella carcoma.

—¿Quién es el dueño?

—El del ranchito de.....

—¿Y es buen hombre?

—Mírelo.

Don Jacobo volvió la cara y encontró unos ojos que le veían; pero aquellos ojos eran dos ojos de tigre.

Don Jacobo probó la primera desazón de la carrera gloriosa de las armas; bajó los ojos ante aquella mirada provocativa, insolente, y siguió arreglando la silla.

El caballo, al ver á su amo, alargó el cuello como para reconocerlo, y luego levantó la cabeza y se sacudió en señal de satisfacción.

Don Jacobo se inquietó al ver aquel movimiento.

El mismo animal hubiera querido irse con su antiguo amo.

El amo entendió esto, y se quedó viendo su caballo con la ternura con que hubiera podido ver á su querida, y luego, al ver el movimiento de alarma de D. Jacobo, estudió una de esas frases embozadas y malévolas, peculiares de nuestro pueblo, y dijo á don Jacobo con profunda intención:

—Es manso..... amo.

Don Jacobo no supo qué contestar.

—Oiga, amo..... añadió el dueño del caballo, acercándose á D. Jacobo. Va usted bien en el animal..... es muy noble y..... de veras bueno.....

Al decir aquel hombre esto, se limpió una lágrima con el dorso de la mano, y en seguida, experimentando la transición de la ternura á la ira, le tomó la mano á D. Jacobo y le fijó otra vez su mirada de tigre.

—Oiga, amo.....

—Vámonos, compadre, dijo un hombre que se había acercado, viendo que allí se preparaba una escena seria.

—No, compadre, dijo el dueño del caballo, no tenga usted cuidado; le voy no más á decir al patroncito que me lo cuide..... nada más.

—Bueno, dígaselo usted y vámonos.

El dueño del caballo se acercó lo más que pudo á D. Jacobo, y con la cara á una pulgada de la de su interlocutor, exclamó:

—Oiga..... patrón..... cuídese de Guadalupe Martínez, porque no le vaya á quitar el caballo.

—¿Quién es Guadalupe Martínez? preguntó D. Jacobo.

—Yo soy..... para servir á usted, dijo el dueño del caballo, quitándose el sombrero y dejando ver en la frente la honda cicatriz de un machetazo.

Don Jacobo tembló.

—Vámonos, compadre, repitió el tercer personaje del grupo.

—No interrumpa la contesta, compadre, estamos yo y el patrón tratando; *¿verdá, amo?*

—¡Monte! le gritó á D. Jacobo su compañero.

Don Jacobo tomó el estribo, y el caballo dió una salida; insistió el jinete por varias ocasiones y ya temía quedarse á pie; se oyó un toque de clarín, y D. Jacobo más apurado brincó como pudo al lomo del prieto, el que, parándose sobre las patas, se lanzó de un salto, en el que D. Jacobo estuvo á punto de volar, si el mismo caballo no hubiese compuesto sus movimientos.

Una horrible blasfemia se escapó de la boca de Guadalupe, quien se quedó parado hasta ver desaparecer su caballo.

Excusado parece decir qué camino tomaron Guadalupe y su compañero. Estaba apesadumbrado; luego debía beber pulque.

Esta lógica era tan natural en aquellos dos hombres, que sin ponerse de acuerdo se dirigieron á la pulquería.

—¿Dos grandes, D. Marcelino? preguntó el jicarero al compañero de Guadalupe.

—Vaya echando, amigo.

El pulquero sirvió en dos vasos cuatro cuartillos de líquido.

Guadalupe apuró su vaso hasta la mitad y se limpió la boca con la manga.

Marcelino hizo otro tanto, y ofreció cigarros en la copa de su sombrero.

Guadalupe mordió un cigarro, escupió la punta y lo encendió en un cerillo que le ofreció el pulquero; arrojó humo por boca y nariz, y dió una palmada sobre el mostrador; iba á hablar, pero Marcelino levantó el vaso y le dijo:

—Ande, D. Guadalupe.

Tenía tanta fe Marcelino en que el pulque es bueno para las pesadumbres, que le daba pulque á su amigo con la tierna solicitud con que se le da una tisana al enfermo grave.

Guadalupe iba estando capaz.

En cada trago de pulque encontraba una compensación, como si se bebiera su propio caballo.

Guadalupe, después de sentirse capaz, empezó á sentirse valiente. Empezó á ver pequeña la guerrilla que á la sazón estaba oprimiendo al pueblo, y la fisonomía de D. Jacobo se le aparecía en cada tina de pulque.

—¿Cómo se llama el que se lleva mi prieto?

—Dicen que D. Jacobo.

—¿Don Jacobo qué?

—Pues creo que Baca.

—¡Ay qué vaca, amo! gritó Guadalupe haciéndose arco y echándose hacia atrás su gran sombrero.

En seguida se desató en denuestos é improperios contra D. Jacobo, luego contra el jefe de la guerrilla y por último contra el partido liberal.

—Marcelino, yo no pierdo mi caballo; voy á recogerlo.

—No, D. Guadalupe, no es prudente: déjelos, que ya vendrán un día.

—Lo que yo quiero es mi caballo.

A estas voces habían acudido ya tres ó cuatro vecinos, á quienes Marcelino y Guadalupe dieron de beber, y como la guerrilla acababa de abandonar la población, todos los que bebían pulque podían entregarse libremente á estas expansiones.

Algunos días después pudieron coligarse hasta ocho víctimas adoloridas; y montadas por su cuenta, y con el loable fin de matar á D. Jacobo Baca, se constituyeron defensores de la patria, bajo el título de reaccionarios. Guadalupe Martínez estaba provisto de un despacho provisional de coronel de auxiliares del ejército, y ya podía, por lo mismo, emplear todos los medios *legales* de la revolución para quitarle á D. Jacobo su caballo y la vida.

Don Jacobo, por su parte, empezó á

creerse más héroe de lo que él mismo se esperaba, porque sobre aquel caballo prieto se sentía capaz de muchas cosas.

Aquel día y los dos siguientes habían sido días de peripecias militares; había sido necesario huir de los puntos en donde había enemigo; la guerrilla se había remontado, y faltos de víveres y sin tocar población alguna, aquellos valientes empezaron á sentir la desesperación de la hambre.

Don Jacobo se entregaba á serias cavilaciones en cuanto á lo de que «en la revolución, cuando no se tiene se toma», hasta que en una tarde de rayos, aguaceros y hambre, hubo de llegar aquella fuerza á un pequeño rancho situado en despoblado y á la falda de un monte.

Casi á la sombra de tres corpulentas encinas se levantaba una pequeña casa con portal de tres arcos, bajo el cual estaban la entrada á un patio y

otras dos puertas de lo que en un tiempo pudo haber sido tienda.

Cuatro piezas interiores, una troje y un corral, formaban el resto de la construcción; en aquella tranquila casa vivían un hombre de más de sesenta años, padre de dos muchachas de diez y seis y diez y ocho, y de dos jóvenes de veinte á veinticinco.

Aquella familia, apartada del ruido del mundo, se mantenía con el producto de la siembra y de la cría de ganado en pequeña escala; reinaba en la casa la dulce tranquilidad de los tiempos patriarcales: María y Rosario, que así se llamaban las dos muchachas, estaban dedicadas á todas las ocupaciones domésticas, y los dos jóvenes á todas las labores del campo; el viejo descansaba á la sombra de las encinas á la hora de la siesta, y con una constancia ejemplar y una dedicación que constituía su manera de vivir, lo veía, lo revisaba

todo, sin olvidar ninguno de los detalles, no sólo en el interior de la casa, sino en las labores.

Hacía tres horas que el buen viejo había dicho á sus hijas:

—Rosario, si no quitas el *tasajo* del patio, se te moja: va á llover.

El cielo estaba azul; pero el viejo conocía su cielo, y las muchachas conocían á su padre.

—Ensilla, Pepe, y no te duermas, continuó, y llévate dos peones para abrir los portillos.

—¿Lloverá? se atrevió á preguntarle su hijo.

—Quita allá, holgazán, ¿no lo estás viendo?

—El tiempo está sereno.

—Por lo mismo lo digo. Y que vaya tu hermano; ¿no ha vuelto?

—No tarda, fué por la punta.

Aludía al ganado.

—¡Corre, hijo, corre!

María y Rosario acabaron de le-

vantar la carne puesta á secar, y para ellas era tan autorizada la voz del viejo, que colocaron un barril y una olla grande en el patio para recibir el agua que habían de arrojar las canales, y cuidaron escrupulosamente de no dejar nada á la intemperie, como si efectivamente estuvieran viendo venir las nubes.

Por medio de esa sensibilidad auditiva, tan peculiar de las gentes del campo, notaron en la voz de su padre un acento de emoción poco común, y movidas por igual resorte se acercaron á él.

María, la más joven de las dos hermanas, notó que á su padre le temblaba un poco la barba; no se atrevía á preguntarle la causa de su emoción, y empezaba á contemplarlo con angustia.

Rosario, más intrépida, preguntó:

—Padre, ¿será fuerte el aguacero?

—Y la tempestad, hijas, y la tempestad.....

—Pero yo tengo una vela de Nuestro Amo y otra de la Candelaria, dijo gozosa María, con la convicción de la fe y de la pureza de su alma.

—Tendrás que encenderlas, le contestó el viejo con tristeza, y fijó su mirada acostumbrada á lo lejos en un punto del horizonte.

Sus hijas seguían los movimientos del viejo, y María preguntó:

—¿Por allí viene la tempestad?

—¿Por allí? recapacitó el viejo..... ¿por allí?..... por todas partes. Ya nada es como antes..... y luego que no se ha podido comprar la casita del pueblo.

—¿Para irnos allá? preguntó María.

El viejo parecía cada vez más preocupado, y no contestó. Guardó silencio por algún tiempo, fijando sus pequeños ojos en el azul del cielo.

Sus hijas no le perdían movimiento; notaron que movía los labios.

—Está rezando, le dijo muy quedo Rosario á María.

Aquella oración inarticulada, sincera, espontánea, enviada en el destello de una mirada de sesenta años al azul de los cielos, inspiró un tierno recogimiento á las muchachas que rezaron también.

Y los tres guardaron silencio.

Las dos muchachas estaban sentadas á los lados del viejo, en la banca de piedra del portal.

Las manos de aquel anciano abandonaron el grueso bastón en que se apoyaban, y levantándolas pasó sus brazos sobre el cuello de sus hijas.

Al sentir esta caricia, las dos muchachas le besaron las mejillas.

—¿Está usted triste? preguntó María.

El viejo vió á María y la besó en la frente, y en seguida vió á Rosario y la besó también.

Rafael, el otro hijo del viejo, venía llegando con el ganado.

—Allí vienen tus cabras, María.

—Sí, padre, y los *chiquititos*.

—Cuídalas.

—El año que viene..... ¡ah, ya verá usted, viejecito! exclamó María haciéndole un mimo á su padre.

—¿Por qué está usted tan triste, padre? preguntó Rosario.

—Por ustedes.

—¡Por nosòtras! ¿hemos hecho mal en algo, le hemos dado á usted motivo?.... ¿No me porto yo como María, como si fuera yo de veras su hija de usted?

—Calla, calla..... no hagas caso, Rosario..... tonteras mías..... estoy viejo y.....

—Pero sano, padre, replicó María.

—¡Ay! murmuró el viejo, moviendo la cabeza.

—¡Vea usted, padre, cómo vienen los cabritos; véalos usted cómo juegan y qué contentos se ponen!

Y María se echó á reir con una satisfacción pueril, pero envidiable.

Un pastor venia corriendo por la vereda delante del ganado.

—Ahí viene Juan.

—No trae ninguno muerto; ¡qué gusto! dijo María.

—¿Y por qué corre? preguntó el viejo.

—Porque viene á quitar las trancas y las espinas.

Los perros de la casa salieron del interior meneando la cola y ladrando como si hubieran olido el ganado, y se adelantaron hacia la loma para juntarse con los perros de los pastores.

Estos venían en formación y como satisfechos de haber cumplido con su deber, pues habían ayudado á juntar el ganado y ya regresaban al establo, dando buenas cuentas de sus trabajos; los perros de la casa les hacían fiestas y procuraban sacarlos de su formación; pero los perros formales no abandonaron el ganado hasta que

vieron desfilar la última res en el establo.

Pepe y Rafael se pararon delante de su padre, con el sombrero en la mano, para recibir órdenes.

—Mira, Rafael, que abran los portillos de abajo y te pasas á la zanjita, que luego está mala con la yerba, la limpian.

—Está bien, padre.

—Ya venimos, dijo Pepe.

—No se tarden, porque se mojan.

Pepe se acercó al oído de María, para hacerle una recomendación con respecto de la cena.

—Volvemos á cenar, dijo Rafael dirigiendo una mirada á Rosario, que ésta recogió poniéndose colorada.

Los dos hermanos montaron á caballo y se dirigieron á buen paso hacia el campo, y ya, cortando por el monte, se perdían en las malezas por el lado opuesto dos puntos blancos.

Eran los dos peones que iban á abrir los portillos.

El viejo se levantó del asiento tan luego como sus hijos hubieron desaparecido.

María y Rosario fueron á contar los cabritos y dar la última ración de maíz á las gallinas y á las palomas.

Cada una de estas jóvenes llevaba en el brazo una canasta, y cuando arrojaron el primer puñado de maíz en el pequeño corral interior de la casa, se vieron rodeadas de todos sus *hijos,* como ellas les llamaban.

Entretanto, el viejo hablaba con aquel peón que había llegado corriendo delante del ganado.

—Nada se dice, decía el peón.

—¿Cuándo pasaron por la Soledad?

—Anteayer en la tarde.

—¿Y por *las ramas?*

—No me dijeron.

—¿Cuántos son?

—Como doce.

—¿Y la fuerza del Gobierno?

—Salió también.

—¿No has visto *polvos*?

El pastor vió uno como á las dos de la tarde.

El viejo quedó profundamente pensativo.

En cuanto á la guerrilla en que militaba D. Jacobo, estaba en aquellos momentos como á ocho leguas del rancho que acabamos de describir, rancho cuyo nombre y posición geográfica pudiéramos fijar, así como los nombres verdaderos de las actores de las escenas que allí pasaron; pero tenemos el deber de respetar la memoria de unos y de guardar la debida reserva acerca de otros; y como, por otra parte, los hechos que referimos son auténticos, y su relato emanado de fuente fidedigna, tanto cuanto puede serlo un actor de las escenas que describimos, hemos preferido cambiar nombres y no fijar lugares para que en ningún caso se nos tache de indiscreción ni ligereza.

Hecha esta salvedad, volvamos á la guerrilla, á cuyo jefe conoceremos con el nombre de Capistrán.

Capistrán hizo por fin alto en el monte. Los caballos estaban fatigados, y la falta de agua tenía á aquella gente en una situación violenta.

El jefe encontró una eminencia á propósito para la observación, y mandó un hombre á que se colocara y diera parte oportunamente de lo que viese. Mandó echar pie á tierra, y se puso á platicar con su segundo.

—Por aquí jalamos hasta el otro rancho.

—¿Y los de la Soledad?

—Pues no fueron á seguirnos por allá.

—Eso es.

—Tienen que llegar hasta *El Gato*, y venirse por el pedregal toda la noche.

—Llegan tarde.

—¡Vaya!

—¿Y los otros?

—En eso está lo malo.

—¿Nada se sabe?

—Nada.

—Si han tomado por el camino real, ¿como á qué horas estarán de este otro lado?

—Hasta mañana, porque el río viene crecido y no lo pasan; ó rodean ó se separan.

—Y todo por ese viejo.....

Capistrán agregó dos interjecciones y luego contestó:

—Van dos veces que avisa.

—Pero no es él, hombre.

—¡Que no!.... pues serán sus hijos.

—Son los de la Soledad los que avisan.

—¡Pero *álgame* señor! ¡qué ganas tengo..... de quererlos!

El vigía hizo una seña.

Capistrán gritó:

—¡A caballo!

El vigía venía bajando.

—¿Quién viene? preguntó Capistrán

—El agua, gritó el vigía.

Dos ó tres soldados se rieron y otros desataron sus jorongos ó sus mangas de hule.

—Siempre al rancho, dijo Capistrán.

—A cenar, dijo uno.

Don Jacobo estaba *en babia*; lo observaba todo con extrañeza, y la hambre le hacía concebir proyectos de exterminio. A sus solas iba pensando en una hazaña.

Pillar la primera gallina que viese; tenía apetito de gallina, y se figuraba que era muy conveniente robársela en habiéndola á las manos.

El agua no se hizo esperar, porque después de sentir una ráfaga de viento frío y húmedo, empezaron á caer algunos goterones; luego se oyó una detonación que rimbombó en las montañas, y en seguida se desató el más formidable de los aguaceros.

Los caballos podían apenas caminar en los arroyuelos impetuosos que se formaban en las veredas del monte, y hubo necesidad de abandonar el camino conocido y atravesar entre las malezas.

Un rayo, cuya formidable detonación hizo temblar á jinetes y caballos, acababa de desgajar un oyamel viejísimo, delante de la guerrilla.

Don Jacobo, cuando menos lo pensó, estaba rezando una *oración contra* la tempestad.

El caballo de Capistrán se había encabritado y había puesto al jefe en grave peligro de desbarrancarse.

Al ruido del rayo sucedió el grito de Capistrán y una cantidad razonable de blasfemias.

Don Jacobo cortó su oración para escandalizarse de su jefe, y en seguida pensó que tendría necesidad de abandonar ciertas costumbres para llegar á ser jefe, tan jefe y tan hombre como Capistrán.

Caminando incesantemente, á pesar de la lluvia, la guerrilla se aproximaba al rancho.

—¿A cuál rancho vamos? preguntó un jinete á otro.

—Al de las Vírgenes.

—No lo conozco.

—¡Vaya! al de María y Rosario.

—¿Qué, de veras?

—Ya lo verá.

—El jefe está enojado.

—Vamos á tener campaña.

—Seguro.

Conviene al lector seguir con nosotros los movimientos del viejo del rancho.

—No te vayas, le dijo al peón; te estás en el portal. Y penetró en su habitación, miró á su derredor para observar si lo veían sus hijas y tomó de un rincón un mosquete; lo reconoció escrupulosamente, y en seguida lo volvió á colocar donde estaba.

El mosquete estaba casi inservible.

Después sacó de un baúl una pistola que no estaba en mejor estado que el mosquete, y volvió á guardarla.

En seguida levantó los ojos al cielo y se cruzó de brazos; recorrió con la vista la habitación y se tomó la cabeza con ambas manos, como sintiéndose agobiado bajo el peso de ideas aterradoras.

¿Qué pasaba en la mente de aquel anciano? No parecía sino que un presentimiento de muerte le mostraba todo el horror de sus últimos momentos sobre la tierra.

Dejóse caer sobre una silla, y clavando la vista en tierra pensó:

—No es posible oponer la fuerza; ¿qué voy á hacer con esas armas?.... y mis hijas..... ¡Ah! sería horrible, me matarían primero..... ¡Ay! ¡pobre país, pobre patria en que vi la luz! Si el señor Hidalgo me viera hoy..... Por todas partes el asesinato y el robo..... y yo en medio de estos montes, sin

esperanza de abrigarme en la población, expuesto á todo..... y viejo..... y sin armas.....

El viejo se perdió en un mar de tristes reflexiones; el agua, como él lo había previsto, había empezado á caer á torrentes, y él no lo había percibido; pero de repente levantó la cabeza y exclamó:

—¡El agua, el agua! Que se anegue todo, que se pierda todo; pero que mi casa sea una isla para que ese hombre no pueda entrar..... Dios me oye; ¡qué aguacero! ¡ah!.... es imposible que lleguen aquí, y mañana..... mañana nos vamos. ¡María!, gritó en seguida; ¡Rosario, acá, muchachas!

—¡Padre! respondió de lejos María.

—Ven, vengan las dos.

A pocos momentos María y Rosario estaban delante de su padre.

—¿Está usted malo, padre? preguntó María.

—No, no, se apresuró á contestar

el viejo, procurando ocultar su emoción; es que..... es que mañana nos vamos.

—¿Adónde, padre?

—Al pueblo, nos vamos á vivir al pueblo.

—¡Qué bueno! dijeron á un tiempo María y Rosario.

—¿Y mis palomas? ¿Me llevo mis palomas? agregó María.

—Sí, todo, todo te lo llevas, porque no hemos de volver.

—¿Nunca?

—Al menos ustedes no.

Un movimiento de sorpresa en las jóvenes obligó al anciano á continuar:

—Y no es porque yo sepa nada; pero..... los tiempos están malos, y hay mucha gente de esa que se lanza á la revolución y que..... qué política ni qué principios..... robar, sólo robar es lo que quieren; y como luego suelen caer..... en fin, yo no temo por lo pronto..... pero, á la larga, sabe

Dios..... y ustedes, como niñas, tienen que perder.

—¿Y mis hermanos? se apresuró á preguntar Rosario.

—Mira, Rosario, en cuanto á Pepe, irá y vendrá; pero Rafael se quedará aquí.

Rosario hizo un movimiento que no pasó desapercibido para el viejo, quien repuso:

—María, voy á hablar con tu hermana á solas.

María salió.

—Ya lo he entendido todo, continuó el viejo; desde que supisteis que tú y Rafael no sois hermanos, habéis dado en quereros más..... pues como esa afición ya es, como si dijéramos, de amantes, ya ves, hija, que esto no puede seguir así, y es necesario que lo que ha de ser, sea, y no cargue yo sobre mi conciencia con haberlos dejado así..... yo no he hablado con Rafael, pero se conoce que te quiere; ¿es cierto?

—Es cierto, dijo Rosario, bajando los ojos, y luego preguntó:

—¿Y aqui se queda solo?

—Sí, Rosario, aquí se queda; pero con animales buenos para que pueda salir de un apuro.

Durante todo este tiempo los aguaceros se habían sucedido unos á otros; algunos truenos, cuyo estrépito se aumentaba con los ecos de las montañas vecinas, habían interrumpido varias veces el diálogo anterior. Todavía permanecieron el anciano y Rosario por algún tiempo hablando de proyectos para el porvenir; pero esta conversación, á medida que parecía tranquilizar al viejo y sacarlo del estado de desasosiego en que antes lo hemos visto, parecía entristecer más á Rosario.

Notólo aquel excelente anciano, y como para tranquilizar á Rosario y fortificarla en la resolución de emigrar al día siguiente, se atrevió á hablar de esta manera:

—La verdad de todo es que aquí ya no podemos estar seguros, ni tengo un solo día de tranquilidad desde que ese hombre me ha mandado amenazar.

—¿Capistrán?

—Sí, Rosario; ese hombre tiene malas intenciones, conoce la tierra, y es difícil que por aquí logre alcanzarlo la fuerza del Gobierno; yo temo que el día menos pensado.....

—¡Ay padre! si es así, nos iremos esta misma noche.

—Sería una locura; además, es inútil, porque con estos aguaceros nadie puede en toda la tarde entrar á la cañada, de manera que estamos seguros; pero mañana sin duda dormiremos ya en el pueblo; ¿estás conforme?

—Usted lo manda.

—Vamos, vé á hacer tus líos sin perder tiempo, y que María se disponga también.

Rosario y María, conmovidas profundamente por aquel cambio que se preparaba en su vida, se entregaron á la más animada charla, en la que no olvidaron detalle ni circunstancia de todo cuanto pudiera convenir al nuevo plan.

Iban á abandonar de pronto, no sólo la casa querida en que nacieron, sino todos los objetos que por tanto tiempo habían sido testigos de sus pesares y alegrías.

María lloraba por sus cabritos y por sus palomas, y Rosario por sus flores, por sus recuerdos y por su amor. En los momentos en que por primera vez iba á separarse de Rafael, sentía por primera vez todo el valor de su cariño.

La certidumbre de la separación, realzaba toda la intensidad de un sentimiento que había nacido á la par de las flores de su jardincito; como las flores había crecido, y como de sus

flores, Rosario había recogido de aquel amor desde la primera emación.

¡Ay! pero acaso tras de las negras nubes que se desgajaban á torrentes sobre la cañada, estaba escrita por la mano del Destino una sentencia formidable.



CAPÍTULO XI

En el que se ve cómo entre pollos el delito es una felicidad.

El ruido del coche despertó á Concha súbitamente. Iba á gritar; pero Arturo se lo impidió muy cariñosamente, y Concha no pudo decir «esta boca es mía», porque Arturo, que era muy solícito, se encargó de decirlo.

El coche siguió corriendo, y como no llevaba orden, el cochero procuró ganar tierra.

Cuando sonó la rodada sordamente, los pollos pudieron oirse los unos á los otros.

—¿Pero en dónde estamos? preguntó Concha.

—Por San Pablo, Conchita, dijo Pío Prieto.

—¿Quién viene aquí?

—Yo, contestó Soledad; ya me vine con usted, como se lo ofrecí.

—¡Paremos! dijo Arturo con el aplomo de un general.

Pío Prieto tiró del cordón del cochero con la solicitud de un ayudante de campo.

Pío Prieto estaba tocando el *sumun* de la dicha; aquel lance tenía para el pollo un carácter tan romancesco, que le ocurrió compararse con Ciutti, el criado de Don Juan Tenorio.

Casualmente Arturo exclamó á la sazón:

—«Doña Inés del alma mía.»

—«¡Virgen santa, qué principio!» continuó Pío Prieto.

A Concha no le quedó más recurso que compararse con Doña Inés.

Soledad era la única que no sabía que podía ser Brígida, pero lo era.

El estupor había pasado, y comenzaron los comentarios sobre D. José y sobre el partido que debía tomarse.

En cuanto á Concha, tenemos el deber, en obsequio de la justicia, de revelar que insistió enérgicamente en ser trasladada de nuevo á su casa; que reprobó la conducta de Arturo; que tuvo arranques de desesperación, y que, por último, se entregó al llanto más deshecho y al dolor más sincero; todo lo cual no fué un obstáculo para que los pollos y Soledad instalaran á Concha en el cuarto de un hotel de tercer orden.

Pío Prieto se portó admirablemente, según Arturo.

Entre las virtudes del pollo se enumera la de no ser egoísta: la tercería le encanta, porque estimula su curiosidad, y lo torna en servicial, y lo infatúa esta complicidad, y el pollo en

tales lances procura toser ronco y se pavonea.

Pío Prieto hubiera querido en aquella noche ayudar á robarse á todas las pollas de México.

Estaba contento de sí mismo, y se soñaba hombrón y calavera.

Soledad fué también muy útil, y aun logró ingerirse de una manera muy familiar en las discusiones.

Concha estaba en extremo violenta, y se ocupaba en contradecir todos los planes de los pollos, en cuya controversia los sorprendió la aurora.

Hemos ofrecido al lector darle á conocer á Pío Prieto, y vamos á cumplir nuestra palabra.

Pío Prieto nació en el Puente de Curtidores, de un hojalatero que se firmaba Píoquinto Prieto, y como no es privilegio exclusivo de las dinastías reales que el primogénito lleve el nombre paterno, la mujer del hojalatero discurrió, á los cinco meses de

casada, colocar su felicidad entre dos Píoquintos, y Píoquinto se llamó el heredero de la hojalatería.

Pero como los nombres largos son un escollo oral, el niño perdió la mitad de su nombre en la escuela, y siguió llamándose hasta hoy Pío á secas.

Apenas supo medio leer, medio escribir y medio contar, lo dedicó su padre á soldar tinas y calentaderas; ocupación honrosa y lucrativa, pero que no tardó en ser cargante para Pío.

Don Píoquinto, padre, hubo de emplear un día sus ahorros en comprarle una levita á su hijo, sin adivinar siquiera que aquella prenda de ropa había de ser, en la vida de Pío, su *grito de Dolores*.

La levita comenzó á ponerse en abierta pugna con el soldador y con el estaño.

Cada lunes hacía Pío un nuevo sacrificio al ceñirse su mandil de brin,

y al recuerdo de sus conquistas del domingo en la tarde, Pío Prieto entraba en mudas confidencias con la hojadelata, y se volvía más meditabundo que trabajador.

El bueno de D. Pioquinto no se apercibió de aquel síntoma funesto sino cuando ya la enfermedad de su hijo había tomado creces.

¡Ah! ¡si el hojalatero hubiera sabido hacer la defensa del mandil del artesano!

Pero la levita, con voz autorizada por la sociedad, menospreciaba la dalmática del trabajo; las sugestiones del casimir seducían al pollo, que empezaba á avergonzarse de su oficio.

Pío, al abrigo de su levita, contrajo amistades de pollos ricos é incapaces de transigir con el mandil.

Este es uno de nuestros resabios de más mal género y de los más transcendentales.

Nuestra sociedad apenas empieza

á transigir con los obreros. El trabajo, que es el precursor de la riqueza, todavía no puede entre nosotros ser una aristocracia, y nuestra juventud huye de los talleres, presa aún de rancias preocupaciones.

El sentimiento de la dignidad personal y de la democracia está mal comprendido en este punto.

La envidiable posición del artesano constructor, como apóstol del progreso material de un pueblo, como representante de la gloria artística, y por cuyos títulos adquiere la respetable posición del ciudadano libre, se cambia diariamente entre nosotros por el miserable rincón de la nómina de una oficina ó por la mezquina condición del dependiente.

La libertad del hombre no está suficientemente inculcada en nuestra juventud..

Muchos pollos esclavos de un amo déspota, creen profesar principios li-

berales y se permiten declamar contra las viejas prácticas, contra las costumbres retrógradas y contra las tiranías.

Creen comprender la libertad y amar la independencia, y comienzan por ser impotentes para emanciparse á sí mismos, y viven bajo un yugo y tienen amo, y sirven y obedecen, sin aspirar á mandar y á hacerse obedecer.

Menosprecian el martillo del obrero, símbolo sagrado de la más noble de las emancipaciones, y aceptan el papel de parias sociales, en cambio de poderse vestir con las plumas del pavo.

La juventud se refugia en las oficinas ó detrás de los mostradores, y se encanija á la sombra de la molicie, se llena de vicios antes de adquirir ni fuerzas físicas ni morales, y luego se exhibe, pulcramente ataviada, como una muestra de degeneración y de raquitismo.

Hay cien pollos cloróticos en cada calle, pequeñitos y enclenques, que no conservan ya ni los vestigios de los soldados de Cortés ni la idea del vigor de los aztecas. La raza tropical languidece y degenera, ganando en vicios lo que pierde en desarrollo físico.

Pío Prieto siguió este torrente, y la primera vez que pidió un helado en Fulcheri pensó con tristeza en la hojalatería; se le figuraba que el mármol de las mesas, el tapiz aterciopelado de los asientos, los espejos y las lámparas de gas le reprendían por ser hojalatero; pensaba que si en un corro de sus nuevos amigos, pollos finos en su mayor parte, llegaba á saberse que Pío Prieto soldaba tinas y calentaderas, sufriría la más pesada de las bromas y no sabría qué hacer.

Para evitar esto, comenzó por negar á su familia, por ocultar la ubicación de su casa, que se llamaba hoja-

latería, á fin de sostener una apariencia que lo nivelara con sus amiguitos nuevos.

Pío Prieto no hubiera sabido hacer, no sólo la defensa ni la apología del trabajo, pero ni aun se le hubiera ocurrido jamás conciliar la dignidad del hombre con el trabajo material; de manera que sus aspiraciones tomaban un tortuoso sendero, y su vida comenzaba por ser una contradicción.

Pío Prieto, además de estas prendas morales, tenía la desgracia de ser feo y trigueño, y como señal característica poseía una mandíbula superior, superior á su labio respectivo, de manera que Pío Prieto exhibía gratis su encía descomunal en cada sonrisa.

Cuando Pío Prieto empezó á ser presumido, notó con sentimiento la incompatibilidad de su belfo y lo irremediable de la constante exposición de su dentadura.

En el cuadro sinóptico de la monografía de la boca, las de este género representan la desvergüenza, y Pío Prieto no era la excepción de esta aseveración fisionómica, á pesar de que, si en su mano hubiera estado, hubiera de buen grado comprado labio y vendido encía.

Pío Prieto, á los quince años logró (admirable prerrogativa del sér que piensa) ser todo menos hojalatero, y logró hacer de su vida un enigma, que es el estado natural de muchos Píos que conocemos.

Por medio de todas estas virtudes, Arturo tuvo un cómplice á pedir de boca, y Pío Prieto, reo de un delito al que ciertas leyes aplicaron há mucho tiempo el castigo infamante, se regocijaba por su conducta y estaba contento de sí mismo.

Ya hemos dicho que en el pollo la tercería es una de sus comiditas, ha oído hablar de que las Pandectas y las

Partidas son vejestorias, y ni aun encuentra puntos de contacto entre su conducta y la de muchos sentenciados en la cárcel pública por el mismo delito, sin que esto tenga para el mismo Pío Prieto otra explicación que esta:

La levita.

Solución que afirmó más á Pío Prieto en la acertada resolución de cambiar el mandil por esta prenda, sello preciso de las ciudades civilizadas.

¡Ay! mientras en la Avenida de los hombres ilustres y en la Avenida de los hombres ociosos, ó sea calle de Plateros, no veamos diariamente cruzar mil blusas en vez de cien levitas, mil obreros en vez de cien pollos ociosos, no tenemos esperanza de remedio.

Y cuando los niños de la clase media, lo mismo que los del pueblo, se inclinen al taller y no á las leyes, á la mecánica y no á la medicina, al martillo y no á la minuta; cuando el uso

de los guantes de cabritilla tenga por jobeto interponer una piel suave entre la mano de una bella y el callo del obrero, entonces será difícil comprar votos en las elecciones; entonces comenzarán á ser oscuros y miserables los empleados junto á los caballeros artesanos; entonces la república comenzará á tener por todas partes hijos dignos y ciudadanos libres, desprendidos de la teta patria, y que, emancipados por el trabajo de la tutela gubernativa, y de la empleomanía como único recurso, sean los representantes legítimos de la democracia y los sinceros defensores de las instituciones libres.

Perdónenos el lector este arranque serio que se deslizó en la ensalada, y cambiemos de rumbo.



CAPÍTULO XII

Los pollos anidan.

Despertó D.ª Lola.

No necesitamos encomiar aquí las virtudes del sueño, de ese reposo eminentemente reparador y confortable, y sólo sí diremos que D.ª Lola se sintió mejor.

Don José de la Luz había velado; de manera que fué el primer consuelo que se le ofreció á D.ª Lola al despertar.

—¡Compadre! exclamó con voz débil.

Y la palabra salió de su boca articulada entre un suspiro y un bostezo,

síntoma que D. José calificó de favorable.

En lo primero en que estuvieron de acuerdo los dos compadres, fué en que debían desayunarse para proceder con acierto.

En seguida se entabló la discusión sobre el partido que debía tomarse en aquel grave asunto.

No faltó vecina que hiciera prodigios de mordacidad y de encono contra la prófuga; alguna ensayó su lengua; otra hizo revelaciones; otra dijo que ya lo sabía todo de antemano, merced á su policía y á su penetración, y el asunto, mil veces comentado, fué el sabroso pasto de la vecindad, erigida en gran Jurado; pero aquel cuerpo colegiado discurría menos y hablaba más, y estuvo á punto de parecerse á un Congreso hasta en lo de aceptar la peor de las medidas propuestas; por fin se decidió que don José de la Luz tomara el negocio

por su cuenta y empezara por averiguar el paradero de los pollos.

Así lo hizo el bueno de D. José, y como había sido en un tiempo juez de paz, discurrió que su primera providencia debía ser avisar á la policía.

Nadie conocía hasta entonces á Pío Prieto, ni á la policía pudo dar don José señas del cómplice, pues Casimira no había visto mas que dos bultos de varón y dos de hembra, que eran los cuatro personajes de la escena.

Pío Prieto no deseaba la terminación de aquel asunto; antes bien, hubiera querido prolongarlo indefinidamente, y cada nueva peripecia la acogía el pollo cómplice con entusiasmo.

Su primera diligencia fué buscar á un ámiguito que tenía en el Gobierno del distrito, para averiguar por medio de él si la policía iba á tomar cartas en el asunto, merced á alguna denuncia.

Tan acertado anduvo, que un cuarto de hora más tarde que la policía supo Pío que se pretendía seguir la pista á los raptores.

Arturo se vió obligado á recapacitar en situación tan crítica, y mandó por un coche.

El grupo se dispersó. Arturo y Concha montaron en el coche; á Pío Prieto se le encargó de pormenores, yendo y viniendo, y á Soledad se la consignó á Catedral hasta nueva orden; porque, según Pío Prieto, en Catedral no podía inspirar sospechas ni la policía tiene nada que ver con las devotas; de manera que la criada á poco rato estaba en un rincón, cerca un confesonario, bien arrebujada en su rebozo y como en espera de confesarse.

Antes de que la policía pusiese en ejercicio sus asechanzas, y que don José de la Luz, erigido también en policía particular, pudiese haber he-

cho nada razonable, Arturo había logrado atrapar á D. José, ni más ni menos que si se hubieran cambiado los papeles.

Razones, y de peso, emplearía Arturo, supuesto que el bueno de D. José no tuvo dificultad en ablandarse, y comenzó á oir al seductor, aunque con sorpresa, no por eso con menos benevolencia.

Convino D. José en que la justicia se inclina al lado del pudiente.

Convino en que Concha, si no se había de casar bien, que al menos no se perdiera mal.

Convino también en que para doña Lola y para él era mejor quitarse de una vez de quebraderos de cabeza.

Y por último, D. José se comprometió primero á retirar su denuncia á la policía, y enseguida á persuadir á D.ª Lola de que este es el mundo.

Terminada la conferencia, Soledad pudo salir de Catedral y Pío Prieto obrar en más amplia escala.

—Chico, le dijo Arturo á Pío, ¿qué hacemos con Pedrito?

—Pedrito es buen chico.

—Pero necesitamos ganarlo.

—No puede hacer nada.

—Pero siempre es bueno estar bien con todos.

—Bueno.

—Vamos por él á la oficina.

—Y lo *entrompetamos*.

Caló de Pío Prieto, con que significaba que lo emborracharían.

—Eso es.

—Cuando él está *jalado* (sinónimo peculiar de Pío), se presta á todo.

—¡Magnífico! Busquemos un carruaje.

A Arturo lo conocían muchos cocheros.

Los pollos llegaron á Palacio en coche; Pío Prieto fué á sacar á Pedrito, y los tres se dirigieron en seguida al Tivoli del Elíseo.

Era hora de almorzar.

Cuando los pollos hubieron engullido trufas y ostiones, y ya les reventaba el buche á tanta vianda y libación, creyó Arturo llegado el momento de aclarar su parentesco con Pedrito, y exclamó de repente:

—Somos cuñados.

—¡Hombre! dijo Pedrito.

—Te lo digo porque tú eres hombre ilustrado y suficientemente experimentado para abjurar errores y preocupaciones. Ya en México está muy admitida la costumbre de la unión libre, como se practica en Francia y en otras naciones cultas.

—Y esto tiene la ventaja, agregó Pío Prieto, de que las cosas tienen remedio, pues á la hora que uno de los dos se cansa.....

—Y que ya sabes, Pedrito, mi aversión al matrimonio; yo no soy para casado en regla; yo, chico, soy liberal, pues, soy así..... despreocupado; ya me conoces.

—Lo mismo que yo, dijo Pedrito.

—Y lo mismo que yo, agregó Pío Prieto.

La mancha más fea para los pollos en aquel momento hubiera sido la de parecer preocupados; de manera que el grave asunto del matrimonio y de la suerte de Concha se trató allí sin ceremonia y sin cortapisas.

—A tu salud, hermano.

—A la tuya.

—A la de los recién casados, gritó Pío Prieto abriendo su desmesurada boca y riendo como un carretonero.

—Ahora es necesario portarse bien, agregó Arturo. Voy á ver á un judío para que me descuente la segunda libranza de mi padre, para estar en aptitud de todo. Madama Celina va á alegrarse de esto, porque le voy á mandar hacer unos trajes á Concha, que ya verán ustedes. ¿Le debes mucho á tu sastre, Pedrito?

—Doscientos pesos.

—No te apures, yo pago.

—¡Quién fuera tu cuñado, chico! Los que tienen hermana; *¡peruno!*....

—Ya te llegará tu turno; dile á Salín que te haga un traje.

—Dame una tarjeta.

—Tómala.

—Arturo le dió una tarjeta en la que escribió algunas líneas.

Pío Prieto concentró toda la expresión de su reconocimiento en esta frase:

—¡Qué *templado* eres!

Y llenó, no la copa propia, sino un vaso de un litro con vino de Champagne.

—A tu salud, chico, dijo, y bebió vino á tragos gordos; al acabar dió un fuerte golpe con el asiento del vaso sobre la mesa, y se limpió la boca con la mano.

—Este se pone unas *monas* del demonio, dijo Pedrito muy alegre.

—Pues cuidado, porque te necesito, dijo Arturo.

—No tengas miedo, que *aquí hay canilla, ¡canastos!*

Los tres pollos entraron al coche, que paró en una mueblería de la calle de Donceles.

—M. Moncalián, dijo Arturo saltando del estribo.

—M. Arturo, le contestó Moncalián.

—Necesito un menaje completo y pronto.

—Lo que usted guste.

—¿A ver las camas?

—Tengo unas inglesas que acaban de llegar (hacía dos años).

—Esta.

Moncalián tomó una pizarra y apuntó: «Cama inglesa.»

—¿Y este ajuar?

—Es francés; nada de jalocote, rosa legítima; llevó uno igual el señor Pimentel.

—Este, dijo Arturo. Tocador.

—¿Con mármol?

—Sí, hombre, ¿quién usa tocador sin mármol?

—Se echa á perder con la humedad, dijo Pío Prieto, para dar su opinión, como si tuviera mucha experiencia en materia de mármoles.

—Este, dijo Arturo.

Moncalián seguía apuntando, y en seguida preguntó:

—¿Adónde?

—Aquí está esta tarjeta; el portero se llama Vicente; la casa está vacía hace ocho días.

—Está muy bien, M. Arturo; ¿qué otra cosa?

—Alfombra, escupideras, lámparas, candeleros, en fin, usted me pone la casa.

—¿Se va usted á casar?

—Sí; pero no lo diga usted.

Moncalián se sonrió y apuntó en la pizarra.

—Aquel ropero, agregó Arturo.

—¡Qué lindo es! dijo Pío Prieto; ¿cuánto vale, M. Moncalián?

—Ciento setenta.

—No es caro, dijo con aplomo Pío Prieto.

Esta frase valía cincuenta pesos.

Los pollos volvieron al coche.

Dos horas después Arturo se separó de Pío y de Pedrito y volvió al lado de Concha.

Pedrito volvió á la oficina, y á pesar de su *sana* filosofía echó á perder tres copias.

Pío Prieto se presentó en la sastrería de Salín, y como Arturo le había dado dinero para los gastos de *aquel negocio,* Pío compró un puro de á dos reales para echar bocanadas de humo aromático al sastre.

Esto le pareció á Pío muy natural, y aun creyó que estaba representando muy bien su papel de señor.

Entretanto, la moral de Arturo iba

ganando prosélitos al grado de acallar los aullidos de D.ª Lola.

Don José de la Luz estuvo elocuente, y á D.ª Lola la iban haciendo más y más impresión los contundentes argumentos de su compadre.

Por desgracia, esto que pasaba con doña Lola se repite con una frecuencia lamentable en México, y si señalamos esta llaga social es para anatematizarla.

Si buscamos el origen de estos hechos, nos persuadiremos que este no es otro que el amor al lujo, esa aspiración constante de todas las clases de nuestra sociedad, excepto la ínfima, de llegar á una posición superior; pero no á costa del trabajo ni por medio de los recursos legales, sino arrostrando con todo miramiento y consideración.

Pedrito, haciendo su papel en el mundo elegante á costa de constituirse en un sér inútil y ocioso, cuyo por-

venir estaba ligado al prorrateo, era una víctima de esa pasión.

Concha, aspirando al lujo, por imitar á sus amiguitas, se había apoyado en el pasamano de Arturo para subir en la escalera social, y no estaba haciendo otra cosa que preparar su caída al abismo de la prostitución.

Pío Prieto, abandonando el patrimonio santo del trabajo, se escondía dentro de una levita de Salín para ser la larva del ladrón.

Arturo, parodiando las costumbres relajadas de las grandes ciudades, compraba con sus prendas físicas y con su patrimonio monetario la infámia y la desgracia de una joven pura.

La misma D.ª Lola cerraba sus ojos de madre al resplandor que la cegaba, y

—Con tal que sea feliz y tenga lo necesario, exclamaba, qué hemos de hacer..... tantas vemos que son dichosas; porque habiendo con qué.....

—Vaya, D.ª Lola, contestaba don José, eso es muy corriente; si viera usted en mi familia..... y tantos que hacen lo mismo. En realidad, los señores padres son los únicos que lo llevan á mal.

—Es cierto, compadre, todo muy cierto.

—Y todos, todos adoradores del becerro de oro, rompían abiertamente con las sabias prescripciones de la moral y minaban por su base la institución de la familia y secaban con sed de riquezas la fuente de la felicidad futura, felicidad que á estos pollos toca propagar mañana; estos pollos serán los padres de familia y los que preceden á una generación cuyo porvenir nos horroriza.

FIN DEL TOMO I

INDICE